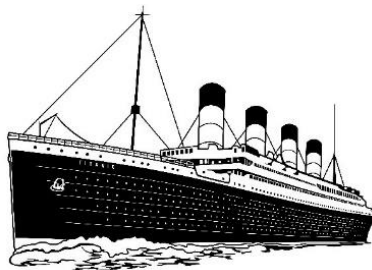
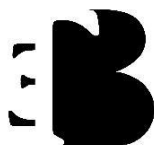


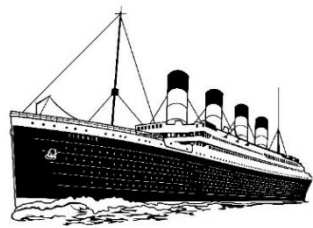
Homenaje a la estrella



Elisa Lerner



El Taller **Blanco**



© **Elisa Lerner**

Homenaje a la estrella

Primera edición: Oscar Todtmann Editores, Caracas, 2002

Segunda edición: El Taller Blanco Ediciones, Bogotá, 2019

Diagramación: El Taller Blanco Ediciones

Corrección: Silda Cordoliani, Néstor Mendoza

Contacto editorial: eltallerblancoed@gmail.com

Impreso en Bogotá, Colombia, julio de 2019

Elisa Lerner

Homenaje a la estrella

Prólogo
Eugenio Montejo



El Taller **Blanco**

Colección *Comarca Mínima*

Prólogo
Eugenio Montejo

LA ESCRITURA DE ELISA LERNER parece estar guiada por un ojo que, sin distraerse propiamente de ver, se muestra destinado sobre todo a oír. Tal vez sea por esto que las palabras, además de sus significados, transmiten la impresión de haber sido elegidas por su misterio acústico, por la forma como mejor se adaptan al *tempo* que gobierna cada párrafo. De los reconocidos dones de su escritura, por cierto una de las más personalizadas y singulares con que cuentan nuestras letras, el distinguo que más a menudo sobresale es el de su habilidad para armonizar las frases, el modo de afortunado acompasamiento mediante el cual se van nombrando las cosas. Recuerdo que una vez le escuché decir a Elisa que a sus padres, un matrimonio de origen hebreo llegado a Venezuela proveniente de la Europa central, la variante de nuestro castellano vino a proporcionarles un ámbito privilegiadamente neutro para comunicarse a diario, una suerte de idioma casero y acogedor al cual pronto se aclimataron con agrado. El caso es que Elisa, sin desoír las otras lenguas familiares que preservan la memoria de sus mayores, supo identificar desde niña en esa lengua de la tierra que la vio nacer algo más que un medio de comunicación, algo para ella tan esencial que es parte de su destino literario y de su vida. En correspondencia con tal empeño, el hábito de un esmero minucioso vigila cada una de sus páginas, sin dejar de echar mano oportunamente a la ironía, la metáfora impredecible, el guiño de la ternura, así como al humor y el ingenio más finos, todo ello, como ya he dicho, armonizado por el dominio de un ojo que ha aprendido atentamente a oír.

Quisiera precisar, sin embargo, de qué clase de esmero estamos hablando cuando nos referimos a los textos de Elisa. No se trata de que ella procure a todo trance la sorpresa del giro rebuscado ni la *fioritura* verbal a que suele reducirse para algunos el menester de un estilo. Elisa no desatiende las pausas de su propia respiración, ni cede un ápice a tonos y procedimientos ajenos. Tampoco anda a la caza de una pauta específicamente original, aunque ella sea una autora impar en muchos sentidos. Pero así mismo no hay duda de que, como escritora, la noción de responsabilidad se concreta para ella en la exigencia con que asume el desempeño de su oficio. Una exigencia que le impide sacrificar algo de sí para rendirle tributo al actual apogeo de la prisa, al sentido de

velocidad que prevalece en nuestra época, y en toda ocasión la secunda al hablar o escribir con pleno adueñamiento de su tiempo. Tal actitud representa a fin de cuentas una propuesta moral que nos llama a detenernos en la palabra como en un indispensable mandamiento. Sobre su acierto en la elección de los vocablos, como sobre la naturalidad que encuentra apoyo en un ritmo pausado, ya Atanasio Alegre ha escrito anteriormente con penetrante encomio: «Si fuera música no habría necesidad de cambiar el compás, porque todo es una limpia línea melódica que no requiere ni de trucos ni de latiguillos para lograr la armonía». «Si fuera música», anotó Alegre en su ensayo. No por casualidad he recordado sus palabras al leer estos nuevos relatos con que Elisa Lerner prolonga esta vez su admirable contribución a nuestra literatura. La verdad es que al leerlos he sentido como si una vaga música fuese acompañando mi lectura. A lo lejos, desde la penumbra, no sé cuál instrumento va ritmando los hechos y las acciones descritas en estas tres narraciones. Confieso que no he logrado saber, pese a mi intento, de qué música exactamente se trata. No resulta fácil indagarlo pues sólo se percibe a lo lejos, detrás de las palabras, y cesa al instante en que suspendemos la lectura. El presente volumen lo integran, pues, tres relatos con música de fondo.

En el primero de éstos, «Las amigas de papá», el atareado recorrido sabatino de padre e hija para visitar los distintos negocios que regentan las amorosas amigas del padre, impone desde el principio un ritmo circular, el mismo del paseo por el acogedor barrio donde habitan, al tiempo que se despliega ante los ojos cómplices de la muchacha una sutil enseñanza amorosa de la que algún día, cuando la ocasión llegue para ella, habrá de servirse. No son muchas las piezas de nuestra literatura que puedan equipararse a esta afortunada veintena de folios. El argumento, como ocurre siempre en los relatos de Elisa, es más bien escueto y se reduce a lo indispensable. Lo que en definitiva importa es dejar que las palabras hagan su trabajo a la hora de contarnos las situaciones. Por lo demás, los hechos que el relato refiere valiéndose de un ritmo demorado, reproducen el fruto de ajetreteados momentos en que forzosamente se disponía de un tiempo breve y furtivo: «La vida era una prisa. Para amarse había que correr como los andarines de los

estudios. Ellas y papá contaban con esas pocas horas a la semana para poner en calor las chimeneas del azar, para encender los leños de ternura fogosa de un árbol no demasiado corpulento y duradero». Precisión y finura, leves trazos de humor y una indecisa nostalgia recorren las líneas de este relato digno de una exigente antología del género.

«Con viola al fondo del ojo», un relato con acorde detrás de los párpados, ofrece otra lograda muestra de la destreza narrativa de Elisa. Una operación de los ojos en una clínica de Miami proporciona a la protagonista el punto de partida para la evocación de su experiencia. Y la evocación, que constituye el cuerpo mismo del relato, no sólo se ordena de acuerdo con las pautas musicales ya referidas, sino que, como recalando sin proponérselo el puesto que la música ocupa en estas narraciones, se vale también de imágenes musicales concretas: «El ojo derecho tiene sonoridades amplias y tormentosas de viola. El ojo izquierdo, sonoridades (visiones) tenues y precisas de violín». Algunos párrafos más adelante el cirujano ocular parece encontrarse provisto de «una batuta discretísima», de la cual supuestamente debe servirse para dirigir los distintos acordes de uno y otro ojo.

El cierre de esta memorable trilogía corresponde a «Homenaje a la estrella», la enajenada relación de una asidua lectora de revistas sentimentales, cuya vida ha tenido por principal referente de su mundo afectivo a una triunfante actriz de muy voltaria y festejada condición amorosa, su secreta y coetánea heroína durante décadas. De nuevo una trama por demás sencilla, las peripecias de una vida vicaria alimentada por los reportajes que sobre su ídolo semana a semana adquiere en un quiosco cercano, pone en movimiento el despliegue de un idioma suntuoso, en todo instante dueño de su tema: «El día que los rombos de seducción, que se acumulan en tus trajes de seda, no vuelvan a reproducirse en las revistas de susurrante chismorreo (¡Oh guantes de ante, Oh guantes de antes!), seguramente será mucho peor que la fecha en que decidí mi separación del ingeniero hidráulico. Comenzará el declive: la helada socarronería de la vejez. Los huesos convertidos en cáscaras de huevo. El cuerpo adentrándose como un buque sin sosiego en las aguas del tiempo». La predecible sintaxis de los reportajes

almibarados que divulgan las noticias de las divas, encuentra su contrapartida en esta otra escritura, pulcra y premeditada, mediante la cual la modesta protagonista, puntual frecuentadora de los quiscos de publicaciones, se convierte a los ojos del lector, y gracias al empleo de la primera persona, en la verdadera estrella del relato.

Pero tal vez el énfasis aquí insinuado acerca de sus méritos estilísticos, sugiera la imagen de una escritora desentendida de otra preocupación que no sea la de su propio quehacer literario. Es verdad que nada se ha mencionado de la singularidad de su teatro ni tampoco de sus crónicas, un género al que ha sumado páginas tan agudas como portentosas. Así y todo, conviene añadir que el arte verbal de Elisa Lerner arraiga en una honda preocupación por la realidad venezolana, la de hoy como la de ayer, y a ello contribuye sin duda su firme devoción a la memoria – como ha observado José Balza –, su recurrente interrogación cerca del apego, así como de la actitud opuesta, representada por esa inclinación tan nuestra al desapego, a deshacernos con facilidad de formas, valores y cosas para reemprenderlo todo a cada instante. Tales inquietudes proporcionan la materia de muchas de sus crónicas, llevándola a descubrir, para decirlo con las palabras de Ramón J. Velásquez, «ángulos inéditos e insólitos de la vida venezolana, vistos con los ojos milenarios de su raza».

No, no parte de la nada una escritura que abreva en tan inquietantes realidades. Los aciertos de estilo, los hallazgos metafóricos y adjetivales, así como el despliegue sutil de la ironía dependen de una raíz bien aferrada a la historia de esta tierra. Y toda raíz, si hemos de creer al poeta rumano Lucian Blaga, comparada con la planta o con el fruto, tiene un aspecto demoníaco. En su presencia se siente que es el órgano del esfuerzo por excelencia, dice el poeta. Es la raíz la que lucha en secreto con las sustancias a la hora de sorber y eliminar para que se produzca la formación de la savia. Así, pues, con nuestros raigales e indóciles demonios, con la oscura parte demoníaca de nuestra historia ha debido de luchar Elisa Lerner, como precisa hacerlo todo cabal artista en nuestro medio, para vestirlas literariamente con la música y las palabras que le reconocemos. La gracia armoniosa de sus relatos proviene de esa secreta fuente.

Sin prodigarse en una obra demasiado copiosa, Elisa se acredita muchas páginas que ya resultan imprescindibles en nuestra literatura. En cuanto a los tres relatos que el lector tiene ahora en sus manos, no quisiera concluir estas palabras adelantando pareceres demasiado rotundos que esgriman la descortesía del superlativo. Me atrevo a afirmar, en todo caso, porque tal convencimiento me dicta estas palabras, que si Elisa Lerner sólo hubiese publicado el tríptico que conforma este liviano volumen, bastaría para que su nombre se hiciera merecidamente inolvidable.

Homenaje a la estrella

LAS AMIGAS DE PAPÁ

Lydia en abril de 1953 fue encerrada en el país remoto de una clínica psiquiátrica y los blancos, amables amaneceres de su uniforme, no volvieron a ser vistos en la tienda de comestibles de Samuel. A Berta le llegó la prosperidad después de algunos años de alegre ajetreo al frente del restaurante, propiedad de ella y de Bernardo su marido. Como un versátil sofá cama que no tiene titubeos en materia de hospitalidad, el restaurante funcionaba, también, como pensión. Librada del trabajo, a Berta le dio por las mudanzas a casas lúgubres: ustedes pueden imaginar su última lúgubre casa. Se divirtió comprando para las diferentes casas, ostentosas vitrinas donde colocaba pulidas cucharitas de plata. Ahora que tenía dinero podía ofrecer mejor servicio. Pero las cucharitas permanecieron sin uso, como monjas en clausura.

La señora Olinda, próxima a los setenta, se vio obligada a cerrar «Odessa», la zapatería que estuvo regentando cerca de medio siglo. Ya no había clientes que compraran zapatos como narices afiladas y tacones delgados como tallos de rosas. Alejada de la zapatería, descubrió en ella una tardía vocación religiosa. Empezó a encontrarse a gusto en la sinagoga y en los bazares de caridad. Sus labios (como en los juveniles tiempos de «Odessa»), continuaron cubiertos con el retazo palpitante de un terciopelo rojo muy vivo que, a ratos, cubría su sonrisa.

De Amelia oí decir que la abatió una enfermedad incurable que amelló su cuerpo, como a una espada que ve morir su caballero en el campo de batalla. Susana engordó al igual que una ciudad que se hace grande. En la actualidad vive, con la única compañía de su gordura, en un edificio de apartamentos de la ciudad de Miami, donde la mayoría de las inquilinas son ricas y maduras exiladas sentimentales: viudas originarias de Nueva York o de alguna villa centro o sur americanas.

En Miami se ha hecho adicta de las vitaminas naturales. Pero con alguna frecuencia, aún se la encuentra –de vuelta de Florida– con

ocasión de las bodas y *barmirzav* de sus numerosos parientes. Los viajes, a veces fatigosos para cumplir a tiempo con los festejos de familia, le han hecho decir con quejumbre sardónica, en el *drugstore* que la surte con sus tan apreciadas vitaminas: «Todo el tiempo estoy montada en un avión. Anteayer, a causa del matrimonio de Raquelita en Nueva York. En junio, debido a las bodas de oro de Leah e Isaac en Caracas. Para el otoño, porque estoy invitada en Tel Aviv, a pasar el año nuevo con Ana Landau, que se ha quedado viuda ¡Cuánta pompa! No conozco nada que funcione con mayor similitud a un Ministerio de Relaciones Exteriores bien organizado, que una familia judía. Ya estoy a punto de tener el rango de embajadora. Sólo hay que esperar que a los gemelos Kafka les apresten a celebrar los trece años en la ciudad de Río de Janeiro».

Lydia, Amelia, Berta, Olinda, Susana eran las amigas de papá. No se trataba de un flirteo concienzudo de parte de ninguna de ellas, tampoco un asunto de papá. Nunca hubo esposo más tierno, amoroso y conciliador que él. Mamá era una pequeña déspota ansiosa y protectora. Gracias al orden, obstinación y orgullo de su nostalgia – sobre todo a las valijas locas que pudo traerse en el barco– vivíamos en una lejana comarca de ficción que estuvo moviéndose con tal ruda errancia en el atlas, cual si en éste sólo hubiera cabida para aguas, aguas, mares tenebrosos, barcos de dimensiones gigantescas que transportaban poblaciones enteras como si fuesen ataúdes descomunales.

La ciudad que mi madre levantaba con tal esmero en nuestra casa nunca tenía sitio verdadero y establecido en el mapa. Tamaña injusticia me hizo incrédula frente a los diseños más hermosos de la geografía de la cual comencé a sospechar que era como una señora caprichosa, de ánimo sujeto a muchas variaciones. El paso de los años me afirmó en mi convicción de que es dama poco seria, casquivana, que cambia de fronteras al igual que si se tratara de hombres: de amantes de pocos días.

Papá era el dueño de una sorna suave, educada, que tomó la realidad con distraída clemencia. Por eso mismo no servía para estar, todo el tiempo, encerrado en la rigurosa comarca inventada por el sueño añorante de mamá.

Algunos sábados en la mañana (si la maestra daba buenos informes sobre mis estudios en el colegio, a través de la boleta que debía traer a casa), me llevaba consigo en un paseo breve, pero poco convencional por entre las estrechas calles del centro de la ciudad. Sospecho que el paseo, para papá, comenzaba mucho antes. Más de un viernes a las siete de la tarde, después de saludar a Dios y tomarse una copita de moscatel (el cuerpo con flux a rayas se había dispuesto como un mantel para recibir las copas), ágil, contento (con la jarra del corazón algo repleta de vino) corría para ver a su amada Lydia, a su desvalida Amelia, antes de que llegasen las ocho (la melancolía del universo) y cerraran los comercios.

Mamá planeaba simulaciones largas de actriz de compañía, con repertorios de comedia de tres actos. Cuando se aproximaban las festividades de «Hanuka» tenía lugar el primero. Pretextando colaborar con el club israelita, elaboraba una tarta a base de miel, nueces y pasas. El club, a ratos, conllevaba una suerte de casa de beneficencia algo bohemia, de hospicio cordial.

Los viernes, protegidos por la clemente música de los rezos, aparecían hombres con aspecto de no tener donde caerse muertos.

En el segundo acto las actrices cambian de vestimenta. Alivian los atajos de la intriga, colocándose lentejuelas, plumas por doquier, vaporosos modelos. Para hacer los honores al segundo acto, mamá se ponía su traje de falda y chaqueta de seda «imprimé» (así llamaban a las telas estampadas las sabihondas empleadas de «El gallo de oro»), con el firme propósito de dejar ella misma, colgada del brazo de papá en el club israelita, la deliciosa tarta confeccionada con primores de asesina inglesa. A colación sacaba el argumento de estirar las piernas

de ama de casa (tullidas extremidades de esposa, sacrificadas como las de las sirenas en un mar que no ofrecía viajes a mundanas tierras de disfrute y de placer) para arribar, dignamente, a los fingimientos del tercer acto. Acompañando a papá en la corta travesía a las tiendas de sus amigas (mientras él efectuaba alguna insignificante compra), mamá acaso quería cerciorarse acerca de si esas visitas no eran una utilísima disculpa para acariciar con la mirada o la voz, con el roce enigmático del amor que no tiene patria en la cama, a Lydia o a Amelia, que detrás de sus seguros mostradores de vendedoras, en la dulzura del temprano anochecer, eran como remotas damas ocultas en los torreones de sus castos castillos.

Mamá admiraba y al mismo tiempo menospreciaba a Lydia. Las colinas de su displicencia tenían todos los tamaños, altos y bajos. Mamá, la pequeña déspota doméstica, a Lydia le envidiaba la habilidad inquietante en el despacho de los diversos pedidos de aceitunas negras, nueces, almendras y quesos de Maracay. El uniforme blanco, limpio de manchas maritales, que le deparaban emancipación, independencia.

Lydia era de baja estatura, un poco gruesa. El culo era la parte menos animada de su cuerpo. Pero parecía guardar pajaritos cantores bajo una barriga algo entrometida en el mundo. La imponentia del uniforme pretendía acallar los indiscretos pajaritos de cierta digestión algo atribulada. La cara, los ojos verdes, eran los de alguna artista de la época. Una Kay Francis, más baja y rechoncha (las rebajas del almacén de lujo llevadas a una autorizada expresión de cordialidad), feliz por poder asir a su cintura la blanca bandera de libertad del trabajo estable y seguro.

Kay, contenta de mirar la vida a través de los cristales untados de niebla amarilla de la mantequilla *Kuppermidt*. Pero papá hubiera hecho cualquier sacrificio para comprar las butacas necesarias (también las innecesarias) de haber sido Lydia, de verdad, la altiva Kay Francis, a quien los maridos de argumento regalaban alhajas divinas ocultas en el lustroso campanario de plata de la vianda de los desayunos, en

rendido homenaje a la noche anterior, cuando entre las galas de la fiesta, los zorros de pieles corrían de un lado a otro de sus hombros, como los copos de nieve que el viento mueve entre las gárgolas en la techumbre de un palacio.

A papá le guiñaban los ojos de avispas de entusiasmo cuando miraba el remedo doméstico de Kay Francis. Lydia, como las otras señoras de la mañanas de los sábados, no hacía mucho caso de mí, una niña flaca, pálida, de trenzas bien atadas al igual que cordoncillos de inhibidos zapatos de invierno, con traje rojo de lanilla escocesa a grandes cuadros y de huesos endebles como pasta dentífrica para los que prescribían frascos inmensos, rebosantes como un tanque lleno de agua, de calcio. La vida era una prisa. Para amarse había que correr como los andarines de los estadios. Ellas y papá contaban con esas pocas horas a la semana para poner en calor las chimeneas del azar, para encender los leños de ternura fogosa de un árbol no demasiado corpulento y duradero.

Yo, por Lydia, tenía simpatía y, quizá, algo de respetuosa piedad. Mamá comentaba con alevosía (con apoteósico desdén) que se trataba de «una mujer separada». ¿Qué diablos podía significar eso? Veía a la gordezuela Lydia agitando su uniforme entre el ir y venir de la tienda de Samuel, como un mar pletórico de vida y de olas blanquísimas. ¿Es que, acaso, lo de la separación era una enfermedad adulta, distinta a mi desmayada falta de calcio? ¿O es que así se la tildaba, de mujer separada, porque en su casa tenía un biombo chino detrás del cual se escondía para colocarse sin que la inquietaran los minutos y los segundos como en la tienda, unas poleas de lencería que accionaba para reducir el vasto aposento de su barriga?

La diestra operación, encoger o aflojar –minuciosamente– las cintas de una fatigosa faja era como la de un capitán de barco en el momento en que iza o baja las velas del bergantín que le ha sido encomendado.

Papá, cargado de sus riquezas mediterráneas, de aceitunas negras relucientes cual botones de viuda, con uvas para dientes de hadas y la

niña esmirriada al lado, como un trofeo poco agraciado de su matrimonio, entraba veinte o veinticinco minutos después a la tienda de corbatas, medias y camisas para caballeros, de Amelia.

Ella lo recibía con palmoteos de alegría, con la melodramática gimnasia de unos brazos abiertos. La sonrisa de papá era un cordial acantilado de dientes luminosos. No recuerdo si Amelia estaba casada o lo decidió después. No tiene importancia. De todos modos, su corazón albergaba una extraordinaria comprensión y acceso al mundo masculino. La venta de camisas y corbatas de hombres la maduraron para tales facultades.

Algunas veces me sorprendía que la ansiedad en los saludos, ese bullicio íntimo de los encuentros entre Amelia y papá, dependieran de la visita banal, fortuita y sabatina, a la tienda de artículos para caballeros. Parecía injusto que la afectuosa vendedora no formase parte de los invitados a nuestras comidas familiares y que la evidente alegría que le deparaba la llegada de papá tuviesen marco y tiempo tan reducidos. Mis ojos de niña lo advertían: un mutuo regocijo quedaba circunscrito a una esmerada efusión que debía buscar apoyo en la astucia de los cariños rozados por la fría nieve de las montañas lejanas.

Amelia ponía empeño en lucir bien ataviada durante las horas que le dedicaba a la tienda. Pero las blusas de raso malva o azul, las faldas de lanilla gris, parecían envejecer rápidamente en su cuerpo. Sólo la encontraba encantadora, con el corpiño rumano de seda blanca, cuajada de alforzas y con acicalada profusión de cintas amarillas, azules, rojas y verdes. ¡Qué hermoso hubiera sido ver su entrada a casa, vestida con el corpiño rumano, para algún inocente ágape doméstico y con el leño de los ojos quemándose en oro de afecto, entre ramas verdes! Entonces el amor en Amelia, quizá, no se hubiera limitado al abrazo mordido por la similitud de la despedida, desde un tren en marcha hacia rutas remotas. En el éxtasis de estar en una proximidad a papá (distinto del horario escurridizo y heridor que, de pasada en la tienda, él le ofrecía sabatinamente), acaso, Amelia me hubiera dejado

tirar de las multicolores cintas de su atavío, como si se tratara de la tramoya o telón de un teatro pequeño y fugitivo.

Berta tenía instalado su restaurante en una casa larga, una manzana más arriba que la tienda de Amelia. Las mesas estaban colocadas al fondo, en una zona algo empinada a la que se accedía subiendo tres o cuatro desnudos escalones, no protegidos por las fantasías de la escena. Pero, para mí, llegar a esa zona erguida de la casa, era como estar instalada en la sedosa colina de un teatro de cámara.

Siempre me quedó un sentimiento de frustración con relación a estas visitas a Berta. Papá y yo llegábamos en los momentos que estaban teniendo lugar los últimos preparativos para la comida del mediodía. En las mesas ya se habían colocado grandes platos rebosantes de ensalada de papa, remolacha, cebolla y tomates. Los trozos de lechuga eran verdaderos jardines.

Cuando papá se despedía de Berta, me parece que perdíamos la función, el entretenimiento: la presumible actividad de los actores, el sorpresivo instante de los comensales. «Hay que irse ya». Papá miraba la vida en los celosos espejos del apresuramiento. A las doce y media en punto nos esperaba la tirana de mamá en el sitio del comedor, con la persiana en alto, reluciente de sol y una fuente repleta de ensalada de picadillos de huevo, papa y cebolla. Es así que, en ninguna ocasión, llegué a tropezarme con los comensales de Berta. Nunca comí en su establecimiento. Un restaurante era aventura prohibida: una magnitud de muy altas olas. Para aproximarse a aguas tan orgullosas, acaso, era necesario hacer una travesía que se tomaba todo el tiempo de la niñez.

En la parte baja de la casa estaban las habitaciones donde los huéspedes taciturnos encontraban cobijo. Berta tenía un marido delgado y simpático, con cuerpo de bailarín que sólo usaba para llamar a los actores a escena: golpes leves en las puertas para ofrecer analgésicos, llavines de calle, correspondencia procedente de comarcas remotas o difusos recados. De resto pasaba las horas en un rincón, la

silla en difícil equilibrio contra la pared, detrás de las escaleras que conducían a las mesas, vigilante perezoso (a cuestras de su delgado cuerpo, el insomnio que florece en las casas de pensión y también en los teatros).

A veces dejaba rodar por las escaleras el periódico que había tenido entre las manos, mientras murmuraba con voz entrecortada:

¡Ay Leivale!* ¡Leivale! Dios santo, el único entre nosotros que llegó tan alto y no han descansado hasta buscar el último rincón del mundo para matarlo.

Papá me apretaba fuerte, muy dulcemente de la mano, tratando de apaciguar con su sonrisa el infortunio del mundo. Pero una bruma muy triste nublaba la piedra triunfal de su dentadura.

Recuerdo que Bernardo, el marido de Berta, cogía una servilleta de alguna de las mesas y no era sudor lo que quitaba del rostro. Eran lágrimas frágiles y pequeñas como lápices de niño. Al igual que si él ya se hubiera servido de la ensalada, sin esperar compañía por parte de los comensales, su nuez de Adán se hinchaba desordenadamente. Como si las espinas de un pescado maléfico se le hubieran incrustado en la garganta.

En este restaurante suspendido como en el sueño de una alta terraza, las mesas venían cubiertas de un hule que, generalmente, se reserva para muebles de cocina. Yo estaba encantada con el cándido zoológico, las dalias escolares, el estampado de hule.

La pequeña déspota materna nunca supo lo que eran los materiales groseros sobre una mesa. Ahora lo comprendo: para ella prescindir de los manteles blancos almidonados, hubiera sido como renunciar a la nieve de su ciudad natal.

Las veces que se desplegaron manteles blancos en el restaurante de Berta, las huellas del crimen y de la sangre (la salsa de tomate *Del Monte* vertida por comensales negligentes), terminó por oscurecerlos. De todas maneras, la dueña del establecimiento nunca hubiera tenido la paciencia de hojear una revista femenina, para orientarse en el decorado del mobiliario.

Y fue Berta la del triunfo. Brincó sobre las mesas como un caballo de raza por encima de las vallas. No se detuvo en obstinadas delicadezas. A mamá la enfermedad la amortajaría –temprano– entre sus impolutos manteles de añoranzas.

Berta era ligeramente fornida y a su rostro asomaban los gestos de una mundanidad perspicaz y fiera. Los ojos los tenía vivarachos y fogosos. Era imposible que esas pupilas fueran víctimas de la miopía o de cualquier otro padecimiento visual. El carbón de lujuria de esa mirada hubiera hecho añicos el vidrio de los espejuelos ¡Violetas imperiales! Su pelo era un ensortijado bullicioso como el de Imperio Argentina o alguna otra cupletista. Regocijo de negros bucles.

El garbanzo tranquilo de un lunar, cocido a fuego lento sobre la piel y ubicado entre la nariz y el labio superior, anunciaba beligerantes noticias relativas a una boca grande y brutal que soltaba risas viriles e imprecaciones jocundas a modo de saludo.

A veces las risas corales, las insolencias guasonas parecían abandonar un cuerpo tan ocupado en vaivenes de menú, en coloquios con huéspedes poco atractivos, de dientes como una verja herrumbrada. Y, de verdad, que las broncas y fiestas de la altisonante garganta se iban a otro lugar más lejano y libre del cuerpo, se marchaban a los brazos. Las toscas travesuras de Berta recorrían sus propios miembros superiores hasta llegar a las manos, en un gesto de rozar (de abrazar) a papá. Sólo que ella, en breve plazo, debía volver a la cocina por más fuentes de comida, pronto habrían de llegar los comensales y el aceite y el vinagre se regarían, entre las mesas, como el incienso en las iglesias. A papá le

esperaban los horarios perfectamente gubernamentales de la tirana del hogar.

Acaso porque iba de visitas a un restaurante donde no llegué a atisbar a ninguno de los señores que venían por los platos, comencé a tener sueños con un comensal que, en medio de los calores torrenciales del mediodía, entraba todo orondo, trajeado de esmoquin negro y con suavísimos zapatos de charol. Un hombre de espaldas corpulentas y de maneras galantes, de bigote y sienes encanecidas como el actor Arturo de Córdoba.

Hacía chasquear sus dedos al igual que un timbre de mando y les expresaba a Berta y a su marido:

«—¿Veis mi lujoso traje? Sírvanme. Pero, por el amor de Dios, no más ensalada de papa con remolacha. He triunfado. Es fiesta desde el amanecer. ¿Qué platos recomiendan para hoy? Que no falte el vino para todos. Para Leivale, nuestro infortunado hermano, también. A su memoria. ¿Después de todo, ah Berta, qué somos nosotros? Comercio y memoria. Un último favor: que venga el limpiabotas de la esquina a lustrarme los zapatos. Así se darán cuenta de que no me arrastro más por las cunetas y las calles. Quiero que todos adviertan que mis zapatos son de charol, de sala de fiesta».

Berta y Bernardo aparecían rodeados de mesoneros en ropa tan almidonada, como miembros del ejército. En homenaje al cortés comensal, mi fantasía se trasladaba al gran salón del restaurante «París» con su comedor vasto como un camposanto. El elegante comensal elegía un plato de *filet mignon*.

Olinda en la zapatería «Odessa» permanecía de pie, anfitriona sin fiestas, atenta a la puerta y a las maniobras de la caja registradora. Su pelo era movido por una gorda nube dorada. Reinaba en la tienda con su gracia petulante y virtuosa, vestida con blusa de seda rematada con la excelente caligrafía de un lazo de ordenado primor, faldas patas de

gallo o príncipe de Gales. Pero en la tez blanquísima, la boca pintada, inesperadamente, de un rojo descarado, era la de una mujer de atrevimientos. Capaz de emplear a fondo la noche como a una casa grande, algo desconocida, tupida de cortinones de terciopelo, rodeada de verjas doradas. Una mansión a la que era necesario domeñar, de la que había que adueñarse en plena juventud y vigor, cuando sobran fuerzas para la acometida y la decisión.

La rotunda déspota casera gimoteaba de despecho cuando veía llegar a su niñita con una bolsa que contenía los zapatos comprados en «Odessa». También sollozaba de amargura, al notar que papá entraba con el paquete de aceitunas y mortadela, adquirido en el comercio donde Lydia despachaba o, con las medias compradas, apresuradamente, en el bazar de Amelia. Pero a mamá las visitas a «Odessa» le traían más fastidio.

Olinda, la encargada de «Odessa», era una mujer lo suficientemente audaz como para haberse embarcado sola a América. Las clientes de la tienda (sobre todo en los días que hubo una subida en los precios) murmuraban: en La Habana dejó plantado al novio que, quizá, le habría comprado el pasaje del largo viaje. Allí se había dedicado a bailar la rumba y, entre baile y baile, conoció al zapatero ruso artífice de «Odessa».

Pero ir donde Olinda era como aficionarse a una amante cara. Por lo que aparecieron los sábados en que papá me condujo hasta una zapatería con menos pretensiones, la de Susana, vecina al mercado.

Susana era voluminosa y grande, pero el énfasis en la nariz le ofrecía caminos ciertos a su figura. Ella misma, sin acudir a los dependientes (de rostros melancólicos y vestidos de telas oscuras, como en la celebración de un sepelio), se sentaba en un pequeño taburete para probarme los botines. Era generosa, complaciente y diestra. Sus rodillas, jugosas como naranjas recién traídas del campo, rozaban sin

melindres las piernas de papá, mientras disimulaba una lucha ardua con mi calzado.

Pero yo creo que él prefería a Olinda, la del alto precio, junto a las palomas que encontraron un maíz perfecto bajo la lazada de una blusa de seda. Esas palomas que la noche de La Habana echó a volar sobre el cuerpo del artesano ruso.

Con el transcurso de los años –al parecer– me he convertido en Lydia, Berta, Olinda y Susana: en momentos de coquetería humillante, soy Amelia. Las fugitivas ilusiones de los sábados de su juventud, son hoy mis anhelos.

Un hombre afable y tímido, en rachas breves y afectuosas, corre de su marmóreo matrimonio a mi casa, azarosa como el naipe que un ciego elige. Y de mi casa casual, otra vez, al mármol frío e imponente de su domicilio conyugal donde, a la hora del aperitivo, se nutren de almendras coléricas.

Las corredurías de mi amante son tan rápidas y esforzadas para poder estar justamente a tiempo, de regreso al castillo tenebroso de sus bodas que, en la primavera, tropezó y tuvo, durante meses, el brazo derecho en cabestrillo. Otra vez –ya era invierno– se rompió el talón de Aquiles. Una escayola enemiga de la acción y de la aventura (montañas de nieve sobre el jardín, el parque vecino, los senderos amigos), lo tienen arrumbado en el fracasado asiento monárquico de una silla de ruedas.

Adoro en mi amante la exquisitez de sus modales, la excelsa higiene de su cuerpo rociado con agua de colonia *Loëwe*. Por lo demás, estas fracturas son parte de las costumbres de nuestro apasionado amor.

El volverá a mí, la próxima primavera, cargado de muletas (de valijas de invalidez), dispuesto a perder una u otra pierna, como en una guerra antigua. Porque nunca dejará de correr entre su matrimonio de

edredones solitarios y el amor que le ofrecemos Lydia, Amelia, Berta, Olinda y Susana.

Madrid, 1989

* Referencia al asesinato de León Trotsky

CON VIOLA AL FONDO DEL OJO

Paso largas temporadas en Miami Beach, a la búsqueda ansiosa de la perfección para mis ojos. Como ciertas mujeres cuyo rostro es una fiesta ajada pero que, aún, pueden contar con dos hombres para su vida, con la musculosas piernas de dos caballeros que pongan en justo equilibrio el virtuoso mausoleo (a punto de venirse abajo) del lecho de sus amadas, mis párpados en peligro se sorprenden de que, en mi rostro, sobrevivan dos ojos para mirar los letreros, asomados como grandes pajarracos de resumida historia en los escaparates de almacenes y tiendas.

Para la dama cuyos espejos no reciben la esmaltada caricia de las manicuristas pero, ¡oh, enigmáticas locuacidades de la felicidad!, sigue favorecida por la compañía de dos caballeros, es fácil de suponer que uno de ellos actúa con más afabilidad y fantasía que el otro.

Para una mujer de pupilas rozadas por las espadas de los cirujanos, los ojos son como codiciadas condecoraciones arrancadas de cuajo de un pecho, rozagante y juvenil. Los míos, por ejemplo, acribillados por la puntería admirable de los sabios espadachines de los hospitales, son como la viola y el violín de una tenaz concertista, adicta a ambos instrumentos. El ojo derecho tiene sonoridades amplias y tormentosas de viola. El ojo izquierdo, sonoridades (visiones) tenues y precisas de violín.

A veces me aficiono de verdad a la música, y quisiera un tercer ojo suplente, con grandiosidad y potencia de piano de cola. Pero en la camilla operatoria (y en todo caso siempre que el médico sea hábil, además de solidario), sólo hay espacio para un violín.

De todos modos, me he adaptado con deportividad ejemplar a las batallas, inexorablemente patrióticas, del quirófano. Los lunes, la espada operatoria corta en trocitos de perfecta carnicería la

desaplicada hormiga que hace trampas enojosas en mi ojo izquierdo. El martes es turno para mi ojo derecho.

Se contempla un intervalo vacacional para la obra del cirujano. En otras ocasiones, se llega a contemplar un deseado descanso para las trajinadas pupilas.

El operador tiene oportunidad de realizar actos de muy profesional encantamiento: los días en que una tras otras de las intervenciones han salido a pedir de boca, como fin de fiesta, traslada entusiasmado algunos de los meticulosos fragmentos de la hormiga sacrificada en el ojo izquierdo, a las ignotas aguas del ojo derecho y viceversa. En las fechas de mayor esplendor quirúrgico, acomoda en el vidrio deslucido del ojo en traslado, una luciérnaga ágil y laboriosa, la luminosidad tierna y relampagueante de unos fuegos de artificio. La pupila elegida por el acero acucioso del cirujano observa, habichuelas deslumbrantes colgadas de los trajes de fiesta, corsés fosforescentes.

Cuando me toca la hora de consulta con el médico, creo percibir que, todavía, mis ojos titubean frente a las nuevas pasiones que les ofrece el sol.

Lo que miro a mi alrededor es un muy particular salón de costura, donde los trajes han sido desterrados. Señoras y señores –casi siempre– con techumbre de nieve, de pelo muy canoso, aguardan sentados en la custodia de un orondo costurero entre las piernas, apenas, cubiertas con bermudas amarillas, azules o verdes. Alguno de ellos saca de vez en cuando un botón del costurero, como si se tratara de un caramelo muypreciado. Lo mira, lo acaricia. Son botones de diverso tamaño y color. Cuando el diagnóstico proclama una ceguera para algunos de ellos, lanzan enloquecidos a la cara del especialista estos broches cual dados a la deriva. Su congoja anhela un botón máximo para el ojal en tinieblas de sus órbitas. Es así el cotidiano transcurrir en los consultorios de los oftalmólogos.

Muy temprano, en la mañana, una mujer de cabellera extensa, negra y untuosa, cuyo acicalamiento requiere de una excesiva cantidad de peines colosales y dentudos, que guarda en su alcoba en una enorme vidriera de antigua factura (como si se trataran de las armas de un general en retiro), me conduce al hospital. Mi guía lleva recogido el traje de gala de su cabellera, en la forma de una trenza de férrea disciplina, sobre la cabeza. En la trenza brilla, un poco secretamente, el atractivo de un pequeño candado de oro, cuyo celoso llavín está en manos del marido de la mujer.

De noche, el hombre, con hogareña destreza de marido, desenrolla conmovido la trenza (aclara las ideas atormentadoras que lo han perturbado durante la jornada) y la usa como capa de caballero vencedor.

La mujer conduce su viejo *Dodge* con fiero dominio, como a un caballo de campo. Disminuye el agitado trote cuando las señales de tránsito acusan la proximidad de un colegio en las cercanías. Su maternidad (ahogada por la larga cabellera que la ensimisma, para darle sólo cobijo al cuerpo del marido), resurge victoriosa y ella, en el tránsito opacado de un alba gris, es como una mamá susurrante y protectora. Anhelosa, de que las patas de su brioso corcel no atropellen el cuerpecito de los bebés, que buscan sabiduría en los parvularios. La finalidad es comprender, en un tiempo de mayor precocidad que anteriores generaciones, el enigma que acompaña el corazón de sus padres.

A estas alturas del amanecer un edredón plumizo cubre las aguas. El ojo en discordia puede alcanzar algunas movedizas fechas del mar: las luces amarillas en los barcos. Un balanceo como el de las velas de las tartas, en una gentil fiesta de cumpleaños.

Antes de desaparecer en el adiós remoto de las aguas, banquetes en zozobra alumbran, con suavidad, largas y bellas mesas cubiertas de blanquísimos manteles de hilo, restregadas por detergentes de olores submarinos que constituyen la envidia de prudentes amas de casas.

Mis ojos, acostumbrados a deambular como turistas avezados y cosmopolitas de un hospital a otro en Miami, se detienen en el que sobresale como una torre gris, al igual de una piedra que toma altura sobre la bahía, pero sin caer en sus costas de agua, porque cuida esmeradamente de los enfermos que alberga dentro.

El hospital es un nido pasajero. Las enfermeras manifiestan su simpatía por los pacientes de corta estancia, ofreciéndoles atolondrados naipes, en medio de las bandejas de bollos y cafés calientes que reparten entre los pasillos, una vez que el quirófano es como una calle de mudez, donde no hay movimientos ni ruido de camillas. Y es que por ese día han cesado las labores en la sala de operaciones.

La batalla del cirujano se mantiene dentro de una parsimonia exquisita: la voz de mando se expresa desde una ciudad oída a la sordina. Su espada emite sonidos de tan poca escaramuza que, a ratos, parece la batuta de un director de orquesta constreñido a dirigir un solo instrumento. Una batuta discretísima que debe distinguir, con habilidad extrema, los movimientos de viola del ojo derecho de los de violín del ojo izquierdo. Un órgano condenado a la humildad admirable de ceñirse a ritmos muy huidizos.

Estelar, durante las horas de ajusticiamiento hospitalario, es la presencia del anestesista. Conocedor de somnolencias perfectas, con su tijera adiestrada en los céspedes (¡Oh parques domesticados!) de los millonarios de Bay Harbor, usada con gran tino para establecer las exactas medidas de su bigote cortés pero pretencioso, troncha mis pestañas con suave amorosidad de *latin lover*. Este oficio lo ha aprendido en la pasión operística por las obras de Verdi. Pero también –día a día– desmontando montañas de *rimmel* con una pala de galán de cine mudo.

Pocos días después en mis pestañas sacrificadas crece una vegetación exuberante. Quizá una mujer menos huraña se convierta en estrella social: señoras de la tercera edad suspiran por poseer una colección variadísima de matas de anchas hojas verdes (tan anchas como los portales antiquísimos de sus vaginas de viejas), para dar alegría a sus salones sombríos.

La luz, el sol para los jardines poco globulosos, es un sucedáneo muy conveniente a la aspiración de sexo, para damas de cuerpos acostumbrados a una cama que se ha vuelto mortuoria. De todos modos, lo que de ahora en adelante enorgullece a mis pestañas recrecidas, es su movilidad de pequeña fronda que se agita con dulzura sobre los restos inocentes del campo de batalla de la mirada, como los temblores de un cuello de encajes sobre el traje de una colegiala. Pocos minutos antes de abandonar el hospital, el amable anestésista me regala su maravillosa tijera como prueba de amor.

Pasados algunas días camino, por las calles de Collins Avenue, con unas enormes y oscuras gafas plásticas de color verde botella por las que he pagado 25 dólares. Mis gafas son como una caja secreta y enigmática, encima de la pequeña y graciosa mesa griega de mi perfil. Una caja que no me atrevo a abrir ¡Qué de secretos no contendrá!

En el ojo derecho me punza la madera de la viola, con los compases de una sonatina desconocida. A pocos pasos de agónicos hoteles, cuyo linaje no desfallece porque los alimenta la sal y especies de un mar fronterizo, surgen como libélulas de un lento vals transcurrido en la arena, damas enjutas dobladas por el peso de enorme pamelas de paja de color amarillo. Una fuerte brisa –una indiscreción en el bamboleo de las olas– hace escapar las pamelas hacia cielos distantes, como si fueran pájaros de plumaje espeso.

Las mujeres van trajeadas de blancos pantalones. Parecieran pertenecer a un gimnasio senil. El erróneo manuscrito de los rostros los enjuagan grandes tarros de helado de vainilla que ingieren

mezclado con trozos de manzana caliente, en cafeterías bulliciosas para que los otros consumidores no se aperciban de su glotonería.

Después del hundimiento del coro aullante de las mil y una arrugas en los pantanos gratos y engañosos de los tarros de helado, pasean activamente por la ciudad y ostentan con orgullo un parche clínico bien sea sobre el ojo izquierdo o sobre el derecho. A veces cumplen la travesía acompañadas de unos perros de platinada pelambre.

Después suben a un autobús de tonos rosas (¡Oh, rosas de lencería!), sólo con la finalidad de tomar el aperitivo en la playa. Los perros entre sus brazos, en el trayecto del autobús las colman de una maternidad peluda, de un armiño despótico. Emocionadas ante la vista de algún barco, se desprenden de los parches. Los lanzan a la cubierta de los barcos, al igual que se trataran de claveles o rosas tiradas a un escenario de triunfo.

En la consulta de los siguientes días sube el indignado clamor de los médicos ¿Cómo es posible que haya tenido lugar la desobediente conspiración de las pacientes, el desafío de abalanzar los parches lejos de sí, como si fueran banderas de un país enemigo en una guerra incruenta? No falta la airada réplica: los trozos de lienzo, objeto del sacrificio, pertenecen al escondido tesoro de una piratería fantasmal que de no ser ofrecidos a las aguas, provocarían naufragios espeluznantes.

Las señoras de huesos sinuosos (comprados en alguna rebaja de *Lord and Taylor*), no pueden traicionar las altivas costumbres de su juventud: durante esa época fueron ávidas tenistas. De manera que cuando son pasajeras de un autobús rosa, se apertrechan para el viaje con pequeñas pelotas de tenis en el bolso. Cuando el funeral de un amigo tiene lugar en la reposada planicie de un camposanto, en el momento menos pensado, comienzan a arrojar las mesuradas pelotas de su deporte favorito entre las tumbas. Entienden que al funeral no pueden transportar las raquetas: equivaldría a llevar al camposanto

unos instrumentos de cuerdas, la jovialidad de una música o de un juego que no viene a cuento.

Las antiguas deportistas después de un día de disfrute –de compras en centros comerciales donde adquieren antifaces negros para ellas y para sus canes–, regresan alegres a las fachadas color malva o pastel (como turrónes que sólo se enorgullecen para la muerte), de sus hoteles.

En mi ruta hacia el hospital, entro a un restaurante que ofrece *bagels* rellenos de queso y crema agria. En la mesa vecina está sentado un hombre que lleva los milenios de su raza amontonados en la enormidad de la nariz. Sorprende ver su aire satisfecho, la camisa toda a colores como una revista del corazón, los pantaloncitos breves que ostentan lo saludable de la piel ¿Cómo es posible que a un judío con una pajarita negra de esmoquin colgada endeblemente bajo la nariz, con un bigote volante –rasurado, es probable, con su tijera de antiguo sastre–, le hayan permitido viajar desde su domicilio en Auschwitz para disfrutar de unas vacaciones en Florida?

En el restaurante aparece una atractiva mujer pelirroja, que ata mi cuerpo a la cuerda nada melindrosa de su cabellera. De esta manera me lleva hasta un Mercedes verde botella (de un verde igual a mis recientes gafas de plástico), que tiene aparcado en Harding Avenue. Su nariz es una torrecilla de Pisa próxima a la boca: el ascenso de un alpinista sobre la nevada montaña. El salto de un trapecista en la cúpula del circo. Un ejercicio del poder inserto en el rostro. «Debes reposar», le oigo decir a la intrépida mujer. De seguidas pone en marcha el auto verde botella.

Un hombre experto en tintes y champús me enterará, tiempos después, de los orígenes de mi raptora. En Melbourne fue educada por un padre dado a la importación de latas ahítas de zumos de tomate. Las injerencias paternas dentro del comercio internacional privaron para que, durante el período de lactancia le ofrecieran, con preferencia, biberones rebosantes de zumos de tomate. La infancia marca. En

algunas singulares –nostálgicas– ocasiones, la hija del antiguo importador regala propinas exorbitantes a los peluqueros que acceden a su capricho de enjuagar la seda roja de su cabellera con tarros de salsa *Ketchup*.

El comedor de la casa da frente a un huerto azul y revoltoso de aguas. Todas las tardes, la mujer pelirroja y su marido (adorador del juego, adorador de ella), trajeados en llamativos bañadores de color oro, sacan de las aguas una gran mesa oval de travesaños blancos. Entre los dos, la trasladan –con sumo cuidado– al espacio que hay destinado para las cenas y le quitan la humedad chorreante con grandes toallas felpudas.

Las patas de la mesa siguen removidas por las brisas marinas: desde alguna de las ventanas interiores de la casa (la del inmenso salón, donde sólo cabe un arpa esbelta y anchurosa o la de la cocina), son como jóvenes y diestras bailarinas ataviadas con gasas blancas.

Un paquebote brinca entre las aguas de la bahía como una poderosa cama con doseles de hierro, arropada con suntuosa colcha de satén blanco, persiguiendo con furia a los amantes que lo han abandonado.

El ritmo desde la mesa es mucho más cauteloso. Los platos rebosantes de ensaladas *César* o de pollo asado con arroz, no se agitan con la rápida locura de los botes sobre el desordenado encaje de las olas. A pesar de esta monotonía evidente, ¡qué tormentoso y bellísimo espejo adorna el comedor de la mujer de Melbourne!

Otra mujer enteca y rubia, monosilábica –dispuesta a echar a la piscina que le sirve de basurero, los conversadores micrófonos que algunos invitados a comer le traen, a veces, de regalo– es la que se esfuerza en traer, y retirar luego, los cubiertos y platos. La callada señora permanece casi toda la jornada en una cocina toda blanca como un traje de novia.

La etiqueta de las tiendas –donde recientemente han sido comprados los platos–, revolotean como orlas, que los movimientos de la brisa pretenden separar de ellos. Las minutas de las comidas nunca están sazonadas con salsa de tomate. Ni como postre habrá de servirse, nunca, tarta de zanahoria o helado aderezado con guindas encarnadas.

La nativa de Australia no autoriza adornos de rosas o de claveles rojos para la mesa. Mientras transcurre la cena, sólo se permite alguna sombra bermeja en el mueble oval de travesaños blancos, cuando el amante marido acaricia con ligera ternura, algún rizo en la cabellera de la esposa.

Al término de la comida, la mujer rubia y flaca (la que acumula en su garganta la educación, el magno silencio del cine mudo), antes de llevar los platos a la nivea cocina, quita las etiquetas regadas en medio de los restos de la comida.

Cuando la mesa queda libre, la mujer pelirroja y su marido vuelven por ella y la lanzan al agua (a los mares pares e impares del océano), al sitio donde la casa tiene su término. Para este traslado continuo, diario, el marido se ha ejercitado, durante años, en varios deportes apasionantes, entre ellos el buceo submarino.

La esposa no necesita entrenarse en ningún deporte en particular. Su roja trenza es un magnífico cordel de mudanzas.

La pareja es diligente: está atenta a la educación de su única hija. El alto abecedario del centro de Miami, apenas, está separado del comedor por el inmenso salón donde guardan las armas. Como son tumultuosas porque cuelgan en el agua, no hay tiempo para asegurarse de quiénes las empuñan. Pero, ¡qué protectoras son! Al menor paso de una barquichuela, estas armas, celosas, están pronto a entrar en batallas egregias. Para que nadie se atreva a disturbar la tranquilidad de los comensales en la mesa de largos travesaños blancos.

La pelirroja de Melbourne (los pormenores familiares que se han ido añadiendo al pan de esta historia, hacen conveniente señalar que Mariana es el nombre de la extranjera), ambiciona para la hija un provechoso futuro de felicidad. A veces se desconsuela pensando que otros puedan ver en su heredera a una joven torpe y sin gracia. Para ella anhela un fastuoso traje de escamas viajeras, con una cola que sea como una espada de firmeza y de valor, en medio de las remotas aguas.

La más de la veces sólo columbra un porvenir para la hija en el destino que pueda cumplir la enorme escultura solitaria instalada en el salón, el arpa que desde el comedor costero es como una de esas altas construcciones que se divisan al otro lado de la bahía. Mariana, en inadvertidos momentos de concertista, en magnífico abrazo cubre el arpa con la alfombra exuberante de su cabellera. Pero teme que la sucesora no pueda unir su suerte a la poderosa madera del instrumento: el pelo de la joven es una seta diminuta y pardusca.

La oriunda de Australia no ceja. Le dice a la chica que el pesado risco (ocupa toda la vastedad del salón), forma parte de los usos marineros de la familia: sus delicadísimos trinos de gorda contralto descifran los rumbos del navegante.

La madre, finalmente, se atreve a revelarles a la hija que el admirable instrumento musical, ese mueble absorbente del salón es el trozo recuperado de un barco español, arcaica madera del siglo XVI, hundida en aguas próximas a Florida.

Una noche en que mi ojo derecho gotea un cirio que se derrite, la mujer pelirroja entra, al igual que una colosal margarita que no le teme a la muerte, en el cuarto que me tiene asignado en la casa humedecida, continuamente, por las aguas. En las manos lleva un candelabro, animado por la escaramuza feliz del fuego de una gorda vela. A la puerta de la habitación hay tres escalones. El alto tacón de los zapatos de Mariana, filoso como el lápiz de un escritor fecundo, en uno de sus movimientos ágiles y temerarios, tropieza con uno de los escalones.

En el momento del tropiezo, la ígnea remolacha sembrada en el candelabro estuvo a punto de estallar en la cabeza de Mariana. Pero no dio tiempo para que el pánico cundiera. La cabellera de la mujer, salpicada completamente de lentejuelas de agua, en un santiamén apagó los arreboles asesinos. Ser dueña de una casa a la orilla del océano otorga a mi singular anfitriona, en caso de accidente por razones de fuego, el derecho a salvarse y a convocar aguas que para ella nunca tendrán el ensimismamiento de los espejos desérticos.

Mariana me ofrece el candelabro donde pocos minutos antes, una obesa vela era sometida a rigores fogosos: «Es hora de que lo sepas. El agua ha sido mi escudo y placer. También mi perdición. Mariana no era mi real nombre. El que de verdad me pertenece es un secreto que mi padre se llevó a la tumba, cuando su trusa de nadador fue picoteada por las gaviotas del mar Pacífico. El, hombre valiente y solidario, pero púdico, había corrido tras ella para rescatarla».

La autopista congestionada de vehículos es como una boca grande, carnosa, repleta de dientes. Los rojos bucles de mi antigua raptora parecen despedir un como grato aroma a mermelada de cereza recién hecha, que recibe el calor de la alta hornilla dorada instalada en la cocina azul del cielo. De nuevo al volante del Mercedes verde botella, en medio del fragor de las avenidas, ella hace estas apasionadas consideraciones: «Me gustaría estar conduciendo un gran camión que conserve el color verde botella metálico de mi Mercedes para que, en su niquelado arrastre el césped familiar, la ensalada verde y fragante del jardín bañado por los aceites del mar».

La nariz de Mariana, en su empeñosa búsqueda de aires de libertad y de ambición, por momentos se agita graciosamente en el frontispicio de la cara.

«Por estos caminos de odio (prosigue) la gente conduce coches grandes como mansiones. Necesitan de la tibieza del hogar, del respaldo de

cojines que tengan la tersura de pájaros soñolientos, una ilusión de pasillos cordiales, de habitaciones ventiladas para atravesar, cómodamente, tantos kilómetros de ciudad... Los que atravesamos estos parajes sanguinolentos, requerimos tener al lado del volante un teléfono para llamar y a la vez ser llamados. Estamos en la urgencia de decir, o que nos digan ¡Socorro, háblame de algo! Es fundamental para nosotros el aliento de voces cariñosas, el recuerdo amable del amor en nuestras vidas a fin de no perder el afán, un equilibrio deseado para no sufrir el descalabro, el accidente en la carretera».

Hay que advertir que no todos llevan un palacio gigantesco al volante. Están los deportivos ancianos que corren por las vías. Descienden de Kenton o suben a North Miami, manejando radiantes velocípedos como contribución a una mayor cantidad de atascos. Los conductores de los enormes coches no quieren agredir a los seniles atletas que se dirigen, olímpicos, en sus velocípedos portando trajes claros de verano y mocasines blancos. A estos ancianos les corre la prisa: no quieren llegar tarde a su partido de golf. Pero hay algo más: los alegres ancianos de trajes veraniegos descubren, en esta ciudad, a la senectud como el único deporte posible para ellos... Cuando al atardecer aparcan los velocípedos y suben con los morrales de jugadores a sus apartamentos, rodeados de la corteza esmeraldina de los campos de golf, a veces vuelven a recordar lo que fueron en la juventud: vendedores, viajantes que cargaban sobre un hombro de fatiga una maleta llena de baratijas, de naipes que en sus manos se movían con la misma pesadez o desamparo que, en la actualidad, giran los morrales, los utensilios del golf entre los dedos.

El pelo de Mariana se agita con cierta desesperación: es el encarnado abanico de una dama española tocada por la muerte. Produce escalofrío ver las embarcaciones blancas y bellas colocadas en el umbral de los jardines. ¿Están en verdad, a la espera de un viaje enigmático? ¿Será que muchas de esas embarcaciones servirán, luego, para el entierro de los ancianos deportistas? ¿Será que esos botes, ahora en estival descanso, habrán de ser urnas finales?

La trenza de la mujer pelirroja se deshace como un helado de fresa servido, lentamente, en su hombro. Es el momento de partir, de decir adiós. La comida que concluye: la hora en que la gente está distraída sorbiendo los postres ¡La oportunidad, tan deseada, de desprenderse de los fogosos hilos que han estado esclavizándome!

En medio de los rudos altercados de la autopista, salto del coche, al grito de «Viva Marta Gelhorn, rubia y osada corresponsal de guerra», con tiempo de cerrar rápidamente –como si se tratara de la cremallera de mi falda– la grama metálica de la portezuela. Entro a un enorme centro comercial de muchos recovecos. Muy cerca el taconeo amenazante de Mariana. La hoguera de su abastecido pelo es un látigo inclemente, dispuesto para el castigo. A pocos pasos de mí, parece un hermoso caballo, carrubio e impúdico, con las patas alzadas como las torres de un castillo.

Trato de correr para que el látigo de la mujer pelirroja no inflija sus estragos. Temo que me alcance y me arrastre consigo, en la grúa asesina de su espléndida cabellera. Tal empresa no le sería nada difícil.

Durante mi esforzada fuga a través de los dogmáticos laberintos del centro comercial, mi lloroso ojo derecho –preso de la angustia– suelta las aguas de un naufragio del siglo XVII. Junto a las copiosas lágrimas, surcan mis mejillas un rico botín de joyas, un tesoro de perlas y de diamantes.

De pronto la dama pelirroja tropieza aparatosamente en el departamento de perfumería, junto al largo cristal de los mostradores. Montones de frascos que contenían esencias exquisitas quedan abarrotados de sangre. Empleadas vestidas con impecables uniformes de seda azul (sus voces son educadas y susurrantes), se abalanzan sobre el cuerpo de Mariana: «¿Súbito, súbito rescatemos a la mujer herida!»

Ningún charco de sangre brota de su cabeza. En la prisa de la persecución ha sido sólo una jugarreta, por parte de Mariana, para ganar tiempo mientras vaciaba en los frascos rebosantes de aromas, las guindas encarnadas que por deformación profesional, en algunas ocasiones, sigue colocando en sus llameantes rizos el bonachón camarero traído de Sydney –traído de Australia–. (Y que continúa siendo el peluquero de su predilección).

De todos modos en el departamento de perfumería reinaba el caos, la confusión. Los cristalinos mostradores se derrumbaban, como antes los frascos. Las empleadas decían despavoridas: «¡Oh Madame! ¿Qué tipo de champú, del que está en oferta, podría borrar las huellas de sangre que ensombrecen su cabeza?»

La mujer pelirroja sacudía, estrepitosamente, sus bucles: rosas en guerra, bermejas flores de la desobediencia. Porque ¿cómo pueden saber las novatas chiquillas de un departamento de perfumería que el cabello de la australiana, al igual que si fuera una hoguera, es calmado diariamente por un champú delicadísimo, cremoso, como queso de cabra, y luego unos bomberos cuyo sonoro coche de purpurina viene surtido con vaporosas aguas marítimas, está a una exclusiva disposición para el lavado de su cabeza?

El enamorado marido de Mariana procura algunas veces que el vehículo apaga-incendios, se transforme en carro de mudanzas que carga un rojo piano de cola sobre el que un virtuoso, vestido con urgente traje de bombero, ejecuta un variado concierto. Otras veces el homenaje del amor conyugal se las ingenia, para que la necesidad sonora del vehemente carro bomberil, sea anunciada por campanadas de un carillón, comprado a precio de oro en una casa de antigüedades.

La señora australiana masculla ofendida: «¡Ignorantes empleadillas!». Las vendedoras de perfume en venganza, blandiendo algunas de las etiquetas de los frascos de esencia que han logrado salvar del desastre, como si fueran exquisitos revólveres para una muerte confeccionada en

raso negro, exclaman muertas de risa: «¡Pero Madame, Madame, Madame! Para salvaguardar la cortesía en estos ambientes de paz: ¿no hubiera sido mejor para usted el amable desierto de la calvicie? ¡De ser calva, cuántos árabes hubiese tenido a sus pies!».

«Tengo apremiantes deberes que cumplir. Es la hora de ir a recoger a mi hija al colegio. Me falta tiempo para seguir discutiendo tonterías. Por otra parte, hoy no hay bastante surtido para hacer una compra que valga la pena», lo dice Mariana a pleno pulmón a las atónitas empleadas, mientras de nuevo intenta emprender la cacería tras de mis pasos. Lo peor que le sucede es que la crin imperial de sus cabellos en determinado momento –en el trascurso del insensato y accidentado acoso–, ha perdido la cuerda compañía de un jinete.

En mi huida, los alfombrados pasillos del centro comercial quedan surcados del suntuoso botín que sigue soltando mi ojo derecho en llanto ¡Basta, basta! No hay que alimentar codicias. La mujer pelirroja está vencida. Las patas de su imponente caballo carrubio quedaron atrapadas entre una sarta de diamantes y de perlas. Las alhajas de un propio sacrificio, de un dolorosísimo desprendimiento personal me han servido para recuperar (en cierta forma: pagar) mi libertad.

Mis ojos educados en la astucia de los quirófanos lo quieren ver todo. Alquilo una limosina inmensa y blanca como un palacio gubernamental. A fin de evitar que la sangre tumultuosa de un asalto empañe la inmaculada nitidez de mi palacio, contrato los servicios de un negro orondo, grande como un orangután de la selva, que me sirva de chofer. El negro ostenta una gran rosa de plástico en su chaqueta. «Madame –me dice entre grandes risotadas– si ahora lo más corriente es que un corazón enamorado sea de plástico, haga bullir esbeltas armazones del falso material dentro de la sangre: ¿por qué va a constituir un desdoro que la comedia gentil en mi solapa sea un ornato pero no un perfume?». El moreno conductor habla torrencialmente. En estos condados, casi todos los del gremio de taxistas suelen ser barítonos rodantes: albergan tesoros de locuacidad en sus gargantas.

Para desempeñarse con eficacia en su oficio deben obtener, previamente, algún título de locutor comercial, de animador radial. Es la manera para que el recorrido por caminos que son largos, como collares que dan vueltas a diversos cuellos del mundo, una y otra vez sin quebrar sus rotundas hileras, se haga leve y ameno para el pasajero.

Tal como aparece reseñado con picardía habanera en la sección en castellano del *Miami Herald* –gracias a mi mansión mortífera– en tres días de aparatosa agenda visito ciento cincuenta distintos centros comerciales del vasto lugar. Por temor a quedarme sin gasolina (o quizá sin chofer), no atiendo al compromiso con otros ciento cincuenta centros comerciales que aparecían señalados en mi ruta de viajera.

Mi apreciación no es demasiado entusiasta. Todos estos conglomerados de tiendas y de oficinas se asemejan los unos a los otros, al igual que mi ojo derecho respecto al que tengo a la izquierda. Sólo la pericia del médico, entrevista crepuscularmente en la sala de operaciones, reconoce numéricamente los brillos de oro, algún terciopelo de fiesta, que su avezada navaja ha ordenado con minucia en los pequeños cajones (antes herméticamente cerrados con la llave inclemente de la enfermedad), de cada uno de mis ojos.

Fatigada por la pompa diligente que me ha llevado, como a un jefe de estado, a cumplir un complicado programa de actividades, al extremarme en el ansioso itinerario a través de ciento cincuenta centros comerciales, le expreso al negro fornido, al mayordomo de un palacio de gobierno a la intemperie, mis deseos de calma, de recogimiento.

«Ni una palabra más. ¡Ahora mismo a *Woolworth*, madame!». Comprar en esos almacenes no implica sólo un razonable sentido del ahorro. Es como asistir al más fervoroso servicio religioso. Yo he estado en el centro de los acontecimientos: en Miami Beach los seres deambulan desesperados, por entre centros comerciales de lujuria, con el deseo de adquirir una cama tras otra porque el espacio para sus

fornicaciones es inmenso, ambicioso. Tiempo después visitan los diversos departamentos de *Woolworth* en acto de perdón, de recato adquiriendo sin aparente necesidad objetos nimios, de poco costo.

En una hilera de compradores de rostros contritos me tropiezo con la mujer flaca y rubia, la silenciosa camarera de la mansión de Mariana. Lleva pantalones verde oliva: los perfumes espesos de la cocina modelan un guardarropa de turista. Sus largas piernas son como dos remos ortopédicos. La muy hipócrita hace como que no me ve.

Sonríe con unción en el momento que adquiere una tijera insignificante. Le será de mucha utilidad para desprender las etiquetas de las tiendas que siempre acompañan los platos servidos en la gran mesa ovalada de blancos travesaños. La diabólica mujer, seguramente, usará las misma tijera para ofrecer un cumplido manicure a sus tullidas uñas de maritornes.

¡Oh, vida espiritual! Pecadora arrepentida, adquiero un pequeño peine cuyo valor es de ochenta y cinco centavos. Una dama cuidadosa de sus deberes religiosos merece un sueño tranquilo, una almohada rellena de suaves plumas de orfidal. En Collins Avenue mi alcoba es de colores pálidos. La amplia cama (un bergantín que saldrá al océano cuando el cuerpo de unos felices amantes lo ponga en movimiento), está situada sobre una tarima anchurosa. Para hacer el amor, se hace necesario subir un enorme escalón tapizado de gruesa tela beige. Los cegados peligran. Me es necesario huir de un lugar que exige tantos miramientos.

Cuando me apresto a recoger la ropa en mi pequeña valija de *out patient*, oigo que tocan a la puerta. Un pequeño botones negro, vestido con la librea de las viejas películas de Shirley Temple, sostiene en una enorme bandeja de plata un largo sobre blanco. El pequeño botones entre genuflexiones saltarinas me dice: «Madame, soy Sam, el sobrino de vuestro chofer. Mi verdadero oficio es el de bailarín. Hago un curso de mejoramiento profesional en una de las escuelas de danza de Fred

Astaire. Estoy de servicio en el *Lombardy III*. Velo su sueño por órdenes de mi tío. En cuanto usted deje el hotel volveré a lo mío».

Recojo el sobre blanco donde mi nombre y mis señas aparecen marcados en letras de azafrán. Dentro hay dos folios de subido rosa. Regreso a la habitación de tonos pasteles. Me coloco un kimono dorado y negro y me apresto a leer la carta de Mariana: los caracteres de su escritura, redactada con la misma encendida tinta roja de la cobertura, son como párpados de leones.

En el hospital una mujer negra y robusta –con una dentadura preciosa que ya muchas mujeres presumidas quisieran tener, como collar para sus gargantas– me dio tus señas. La amable mujer llevaba zapatos verdes de gamuza con el alto tacón. Quizá no habría que inquietarse porque los zapatos que calzaba resonaban, como locuaces loros, en el silencio del hospital. Probablemente era la persona más adecuada, en el caso de que los pacientes la necesitaran de urgencia. En una clínica de muchos pisos hay el riesgo de que el personal se pierda, por entre los diversos corredores, como entre un parque sin bujías.

Te habrá parecido que he usado de métodos violentos para llevarte a mi casa de la bahía que ¡además! mi cabellera brilló como una espada ensangrentada, mientras duró la escaramuza en el departamento de perfumes. Pero, has de creerme, lo que ambicionaba era contarte el máspreciado episodio de mi juventud.

Rosa ávida y furiosa de los veinte años. A esa edad partí de Melbourne con destino a Roma. El cine, su absoluta centella, era el tiempo que deseaba. Sólo llegué a hacer un curso de secretariado comercial.

A poco de llegar a Roma conocí a un corresponsal norteamericano al que amé con ferviente amor. Es por lo que, quizá, he aceptado con regocijo el regalo de un marido rico y devoto. Una casa cuyos linderos son de agua, también: de aniquilamiento. El sueño con las guitarras que sirven de motor a las lanchas que pasan frente a nuestra casa (una

música traída y llevada por el tiempo de las aguas), alguna vez se detendrá para dar paso a un hombre de sonrisa cordial, con un negro bolígrafo en la mano y una atractiva, blanca gorra de marinero que dice en letras bordadas en azul marino: «Venezia».

El encantador corresponsal se deslizaba divertido por entre los rugientes autobuses de Roma. Al ver que la mujer pelirroja se subía a uno de ellos, se quitó rápido, galante, su gorra de espléndida deportividad y le hizo esta declaración de amor: –Un hombre de mi condición lo que hace es hartarse de comer hamburguesas untadas de salsa *Ketchup*. Tu cabellera es un premio, una apoteosis a tantos años de comida ruinosa...

¡Injusticias del periodismo! Poco tiempo después recibí un telegrama que decía lo siguiente: *Corresponsal desaparecido. Acción violenta Vietnam*. Nunca le quise dar crédito a una versión tan vulgar.

Mi amante, –como antes mi padre–, murió ahogado entre aguas hipnotizadas como consecuencia de una indigestión considerable de ballenas. Todos los días antes de devolver la mesa de travesaños blancos a la caja fuerte del mar, mis platos recientes comprados en las más lindas y caras tiendas de Bay Harbor son lanzados al mar. (Para alimento de náufragos...).

Adiós, hoy es día de hacer mercado: siempre temo que, en medio de las agitaciones de la compra, una avalancha de remolachas se me venga encima. Debo, también, comunicarte una noticia que, quizá, pueda despertar tu interés: por el acuático traspatio de esta casa pasan botes repletos de ojos azules.

Mientras te dirigía estas líneas, estaba cubierta con un rojo kimono de seda ¡Galas de la feminidad! sorteo los azares de los naipes color candela que me han sido destinados, con la disciplina de una afinidad casi imposible.

«Saludos cordiales a tus caballerosos amigos del quirófano».

Antes de abandonar la propiedad de la mujer pelirroja nacida en Melbourne, unos obreros colgaban con gran diligencia un bello toldo amarillo en el comedor adornado con la mesa de blancos travesaños.

En las fiestas que se celebran bajo el magnífico toldo (en las noches con viento, es una mariposa de azoradas alas), Mariana no en todo momento bate con orgullosa impaciencia su preciosa cabellera como a un largo y costoso guante de rojo terciopelo. Cuando los demás semejan estar felices tarareando algún ritmo de Cole Porter, su cabeza de dulce mermelada de cerezas australianas, enfriadas por el mar y las ausencias, aparece oculta por una gorra de capitán de galeote que dice «Venezia» en bordadas letras azul marino.

Salgo del hotel con mi pequeña maleta abarrotada de colirios. Detrás de mí oigo, por última vez a la recepcionista gritando en la centralita: «¿Cómo quiere la habitación, con jardín zoológico o sin él? Si lo quiere con jardín pagará, por día, siete dólares menos, incluido el tax ¡Qué suerte! ¿Verdad? Una bicoca, una extraordinaria promoción turística. Es un jardín donde sólo hay cucarachas. El sitio no da para más. Cucarachas por doquier: en el lavabo, al fondo de la bañera. ¿No me dirá que no es una compañía divertida, en estos tiempos que corren, para el viajero solitario? Claro, hay quien prefiere su independencia. Por eso va la pregunta: ¿Con jardín zoológico o sin él?».

En las calles de Collins quedo convencida de la muerte definitiva de las rubias efímeras. Su falso triunfo –su pelo, trofeo de las antiguas peluquerías– ha desaparecido de los alrededores. Jean Harlow –reina del oxigenado cinematográfico: la movilidad burbujeante de gotas de champaña de sus rizos– sólo persiste en el pelo lanudo de carnes tersas y blancas (como seda china), propiedad (intimidación) de señoras que lucen un escudo sin linaje en el ojo. ¿Qué tal si costeo un funeral privado, en una de la cadena *Woolworth*, a la memoria de mis extinguidas rubias?

¡Oh, desconsuelo! Tropiezo sólo con cubanas regordetas, oxigenadas Blancanieves del África, póstumas Doris Day, con peinados impecables de virtudes bilingües.

Recuerdo que desde el comedor amueblado con la mesa de blancos travesaños, en el vitral caído de las aguas, se miran edificios esbeltos, enhiestos lápices en formación irreprochable. Las ventanas, al otro lado de la costa, parecen perfectos agujeros picoteados por pájaros.

¿O son mis ojos los que sufrieron la alta puntería de las aves?

Antes de abandonar Miami Beach me compro unos anteojos de montura azul.

*Madrid, 1989–1991

HOMENAJE A LA ESTRELLA

La movilidad estelar de tu vida ha dado animación a muchas de mis horas. La singularidad de flor malva alojada en tus ojos ilumina con tierno resplandor mi existencia infeliz. Crecí en el seno de una familia tan ordenada como una vajilla de factura inglesa. Pero –tantos años después–, lo que con más cariño recuerdo es un contacto aterciopelado con los ositos de peluche en mi dormitorio de niña. El terso juego: ¿acaso una ingenua premonición de las caricias que, luego, anhelé del hombre, por algún tiempo, llegaría a ser mi marido?

Desde temprano soñé con las perspectivas de una boda suntuosa: un traje de novia con cola más llamativa que la del más hermoso, blanco corcel. En las tardes de merienda, mi tía Isabel siempre dijo que lo del traje era lo de menos. Según ella, mujer que adoraba las confituras, un hombre lo que buscaba en el cuerpo de la esposa era un dulcísimo tarro de frambuesas que –de acuerdo con unas circunstancias nada meteorológicas– podría comer poquito a poco o con avidez.

El tarro –¿o, solamente tarrito?– se derrumbó algún tiempo después del matrimonio, entre las fatigas de una alcoba de mobiliario oscuro. Por eso, en lugar de estar atenta a mi marido –un hombre que se solazaba contemplando los partidos de fútbol en la televisión– yo he estado pendiente de los tuyos: del rotundo y conyugal *coney island* que movía las fugacidades de tu cuerpo. De las asombrosas noticias que, segundo a segundo, se emiten desde tu mirada de girar oceánico.

Seguirte no fue difícil. Las mujeres, por lo general, llevamos la traición cronológica dentro de la sangre. La edad es una patria de la que queremos huir apenas cumplimos los treinta. Pero pareciera haber una resignada fidelidad hacia las damas inmersas en nuestras piscinas de fechas. En el fondo, impera el

temor a que la vejez pronto pueda convertir esa agua de las piscinas en vencido espejo de la edad.

Biógrafos duchos en la tarea de trajinar con documentos de las bibliotecas de Hollywood, encuentran muy ardua la labor de remontarse a las fuentes más antiguas de su biografiado de turno: de su biografiada, sobre todo. Pero no cabe hiriente competitividad de onomástica entre nosotras. No soy una famosa: mi edad no puede ocultarse como el pliegue más cejijunto de un ominoso crimen. Mi único triunfo es que somos coetáneas. Tú, un poco mayor: ¿unos seis meses? Pero algo a mi favor debía tener: ¿no te parece? Felicidades audaces de coche *Volvo* atraviesan mi corazón. Me ilusiona pensar que los desérticos exilios de la menopausia nos igualan tanto. A los veinte años –cuando las furiosas espadas mediterráneas de tus ojos empezaban a rozar el cuerpo de tu primer marido– yo, apenas, era una muchacha cuya torpeza congregaba pecas de amedrentamiento en el rostro. Mi sexo, también, una peca – ¡ay, no un pecado!– que abultaba, con poca heroicidad, entre los muslos.

El tesoro de sangre de que fuimos despojadas (la humillación de la que se nos hiciera objeto), nos conduce como pasajera de un navío con destino al muy caluroso continente africano. Pero seguimos en costas contrarias. Desde una orilla que no ofrece muchas comodidades, por mucho tiempo, lo que he hecho es coleccionar gestos tuyos, irradiaciones de tu rostro. Mi memoria ha guardado la hermosura de tus facciones como si fueran gemas depositadas, celosamente, en un joyero de familia ¡Sí! ¡Coetá–neaaas...! Es una satisfacción y un consuelo pensar que lo somos. Una victoria alegre, que a ti la menopausia no te haya sorprendido entre los ardores limitados de un gabinete de cocina. Cierta día aciago, nuestras pelvis se convierten en aseadas piedras de talco. Las mujeres dejamos de sangrar. ¿Lo ves? En medio de tales infortunios, señalar las altiveces de tu

sino, quizá, posibilite alguna chispa de consideración (de simpatía) hacia la afligida persona que soy.

Mi adicción funciona organizadamente. Un día de la semana lo tengo apartado para ti. Es cuando me dirijo al quiosco de la esquina y, antes de revisar con minuciosidad el montón de revistas allí expuestas, le pregunto al hombre del tenderete: «¿Alguna novedad sobre mi actriz preferida?». Los sucesos en torno a tu persona nunca escasean. A tu manera, eres una guerra constante y estrepitosa; pones siempre en jaque a los periodistas, pero desesperas demasiado a los líderes del mundo. Mas, oye, la gente quiere un poco de paz y, en algunas ocasiones, las repercusiones de una frívola contienda que no cesa disminuyen un poco. Entonces el quiosquero me mira con displicencia. Acaso adivina en el terror de mi rostro que las postreras humedades de mi vagina están por enfrentarse a un verano sin próximas intimidades de mar (sin aguas reconocibles), del cual debo ser la única exasperada temporadista. En esos instantes, me siento profundamente infeliz. Pero yo necesito de publicaciones de corazón voraz: es lo único que me alimenta.

Para darme ánimos, procuro alistarme en viajes de turismo. Estoy en una edad en que ya los hombres no me invitan a comer. Esa indiferencia ha hecho que permanezca delgada. Muy flaca. Mis huesos suenan como castañuelas poco rítmicas cuando me dirijo, con cierta intencionada rapidez, camino del quiosco. Frente al colorido amontonamiento de revistas, alguna chica de cintura rolliza me pregunta «¿Qué dieta sigue?». No me atrevo a decir: «Los hombres han decretado mi dieta».

No deseo caer en exageraciones, en los delirios de la mujer madura que, en tiendas de lujo –frente a los esmerilados mostradores donde se aglutinan los estuches de maquillaje–, parecen enceguecer, como si estuvieran viendo turbadores

semáforos colgados en el cielo. Por mi parte, no hay tentación de sucumbir en los inelegantes azares de un mapa de cronologías. Pero desde ¿cómo cosa de...treinta años? mis días penden de los tuyos. Sólo tu imagen, la violeta despiadada de tus ojos, logra esas fidelidades largas en un tiempo de fidelidades cortas.

El ajuar exquisito de sangre nutrida por los néctares experimentados que fuiste aportando a tus nupcias seguidas, últimamente, no te regala con la gracia de un nuevo marido. Pero, ¡qué fortuna la tuya! En increíble forma continúas gozando de la compañía de los hombres. Excursionistas alegres llegan a tu cama, haciendo inagotable el recorrido por tu piel. Tanto logro me colma de una dicha que, por lo común, no nos es reservada a las cincuentonas.

Estrella: ¡qué bien lo has hecho! ¡Es mucho lo que me complace tu buena estrella! ¡Bravo! ¡Bravísimo! Al igual que en el teatro: aplaudo. Una mujer de mi edad sigue cosechando el triunfo. Me atrevería a declararlo por altoparlante: ¡Hombre: eres la negación de la menopausia! Las que, por tus éxitos de mujer, te odian no son las muchachitas que guardan cofres y más cofres de sangre en sus sexos oprimidos por faldas vaqueras. Las que te temen (las que te desprecian) son cuarentonas que se encierran en el servicio y cuentan con frecuencia impresionante la sangre cada vez más escuálida de sus menstruaciones, las perlas minuciosas de una herencia a punto de perderse. Las chicas jóvenes se suelen poner, con oblicuidad afiebrada, un ancho cinturón de cuero. Como subrayando que una metódica colocación en sus faldas vaqueras (en sus días) está por terminar.

Tú, al contrario, no pareces temerle a los escabrosos avances de la edad. Nunca le temiste a nada. Entre las de nuestra generación, has sido así como la primera de la clase. Un único

ejemplo. Cuando, al fin, me casé, tú ya estabas en los partos del segundo matrimonio. Mi marido había sacado un título de ingeniero hidráulico. Durante la luna de miel, su pericia profesional me fue de mucha utilidad. Nunca me he manejado muy bien con las llaves de duchas y de bañeras: todo lo inundaba mi líquida torpeza. Como si se tratara de los rastros de un crimen reciente, de un cadáver que aún conserva en su tibieza, a tiempo de rendirse, las débiles brasas de una cocina de gente pobre, yo hubiera pasado horas largas y penosas haciendo desaparecer el agua de mis negligencias, de no tener a mi lado la colaboración del ingeniero hidráulico. Después, ¡qué difícil emularte! ¡La barbaridad de cosas en las que te atreviste a tomar parte! Y todo dentro del inmejorable marco de la ley y el orden: sin ningún clóset dejado a la casualidad. Sin que el escándalo viniera a atormentar la férrea disciplina de tus cejas en la blancura (casi tan de montañita suiza) del rostro.

Yo contemplativa –un poco como las lentas señoras de las películas mudas– pasaba un buen rato en la bañera. De todos modos, mi matrimonio con el ingeniero hidráulico se convirtió en un martirio: en noches y más noches de mala televisión. Constituyó una liberación el momento en que abandonaste al maduro y distinguido actor británico, que te obligaba a permanecer frente a los dañados crucigramas (cruz y grama: ¡mucha grama inglesa!) del aparato de televisión, agobiando la naturaleza de una felina que, pronto, sería reinante: la joya de mayor cotización en la selva, con brillos que ciegan el corazón de los más arriesgados cazadores. En tal forma, sintiéndome tan ayudada, me volví hacia mi marido y le espeté: «Al menos, los sábados en la noche me niego, es que me niego a ser telespectadora».

Cuando te casaste con el genial productor judío comencé a tramitar el divorcio. Al llegar la tragedia aérea donde perdió la vida ese magnate al que estuviste unida, el ingeniero hidráulico

(por supuesto, en la ignorancia de mis desazones), a instancias de familiares y amigos, tuvo que internarme para una cura de reposo. Al enterarme de la infausta nueva no me vestí como tú, de negro. Pero el luto de la depresión demacró mi cara: hizo huir de ella los carmines golosos de la vida. Cielo de neblinas al que dejaron de dar apoyo las plumas joviales de los pájaros, mi rostro se había inventado el duelo de una viudez remota, imaginaria. Pero, atroz.

Los años de felicidad ardorosa que viviste al lado del triunfal productor, yo los entretuve en la lectura de envejecidas publicaciones que contaban la crónica de la náufraga travesía en el Titanic. A solas me divertí imaginando los primeros días de la gente viajera en el yate. Cuando prestaba atención a un ya anacrónico *foxtrot* en la radio, me parecía oír el ritmo de las orquestas en la cubierta de primera clase, movilizándose como barcos sutiles y ligeros en el seno del barco mayestático. Aún hoy –después que, con tanta fortuna, has pasado por tan fértil número de divorcios– en algún burócrata pretencioso que, para ocultar los sudores de su medianía, se coloca corbata mariposa en la camisa, soy capaz de admirar a un sobreviviente del Titanic.

No hubo tiempo para el zarandeo de las fiestas. Acaso, en el barco, las orquestas enmudecieron muy rápidamente. Pero yo tenía que inventarme algún sueño o fantasía. Si era preciso escarbaría en las copas de champaña que, después de una noche de suprema embriaguez, son enviadas al basurero. Tú estabas en la posesión de una agenda de maridos. Seguías siendo dueña de un domicilio seguro, de un contrato permanente en la pantalla de los cines. Las piscinas de Hollywood y del mundo te pertenecían. Pero, ¿y yo, qué?

Tu viudez fue intensa pero breve. No sirves para viuda crónica o vitalicia. Durante años fui yo la que, realmente, llevó sobre la

cabeza la toca con tules de dolor: mi enlace no daba para más. Procuraba descansar de un matrimonio tan mortal. Mis fines de semana trascurrían en el club de la playa. El verdadero consuelo me fue ofrecido por ti. Después del luto precoz necesitaste que algún amigo te cantara un poco en el corazón. Lo comprendí al instante. La entrada del mediocre cantante en tu vida sirvió para que algunos gorgoritos melifluos se volvieran poderosos cuando volaron de la garganta, no muy dorada, del intérprete musical, a tu corazón de mujer tan amada.

¿Qué haces para mantenerte siempre tan hermosa? Es primordial la frecuentación de las cremas de belleza, sus arreglos diplomáticos, en un rostro que puede vislumbrar los primeros excesos de la edad en las pequeñas rumbas de una barbilla a punto de irse a pique (pero, aún, con dulzura), sobre el legendario broche de Wallis Simpson que, ahora, brilla en tu corpiño ¿Cuál es el sedoso secreto de ese jardín, más allá de los cincuenta? Nieve de privilegio que el fulgor de la mirada nunca enfría. ¿Qué has hecho para que en esa blancura, los ojos resplandezcan como aguas del Mediterráneo, aplacadas por tierras del norte? ¿Lo dirás alguna vez? ¿Lo supo el marido que más quisiste? Al mío lo dejé poco después de tu separación del cantante. Ya era tiempo de que lo hiciera. Pero me pasó lo mismo que a los países atrasados frente a los de más desarrollo. Me fui quedando a la zaga.

Las frustraciones del matrimonio con el ingeniero hidráulico me habían dejado el rostro ahíto de ampollas y de barro. Entonces me aficioné a las cremas de belleza: a ti. Y entré a trabajar en una biblioteca médica de la que, al presente, gestiono la jubilación. A la salida de la biblioteca me hundía en esa oscuridad de hangares de los cines de la Gran Vía y encontré consuelo en las revistas del corazón que venden en los quioscos.

La relación con los quiosqueros ha sido mucho más duradera que la que tuve con mi marido. Después del divorcio, no quise volver a casarme. Yo me tenía montada una magnífica estabilidad conyugal, sólo con saber que tú, una y otra vez, estarías en trámites de boda. Y que algún anillo conyugal giraba entre tus dedos con la agilidad de pequeños peces celestes, esmeraldas o bermejos, en la ruta de agua de los acuarios.

A mi alrededor la gente no comprendía mi tierno éxtasis. Únicamente se dieron cuenta de que yo no me había perdido ninguna de tus películas. Tus gestos en la pantalla me decían: «Sígueme». De esa manera, nunca sentí mi fracaso. Tu triunfo anegaba toda una abnegada soledad. Mientras te miraba hacer en la pantalla, los orgasmos navegando por mi cuerpo, como barquitos de sangre, me convertían en una mujer plena, poseedora de una vagina notoriamente bulliciosa.

Desde lejos –como en el aprendizaje que se recibe en una universidad a distancia–, a través de la celebración de tus bodas continuas, en mí hervía la sensación de que me estaba casando al mismo tiempo que lo hacías tú y, sobre todo, volvía a divorciarme al unísono.

Tuve un único marido del que quise tanto divorciarme que, cada vez que te viste envuelta en una separación, yo igualmente me vi envuelta.

Gracias a tu idoneidad conyugal, una vida melancólica y sedentaria de bibliotecaria médica se ha visto adornada con dorados argumentos: me has regalado una verdadera y apasionante vida secreta. He sido como esas mujeres tardías de las que nadie sospecha un amor, una compañía en la cama, una licencia que alegre la carnosidad que viste sus cinturas. Pero, sí, hay en ellas días incógnitos. Después, poco antes de envejecer, alguna casualidad les pone entre las piernas una vespertina

sexual, pero nada feroz. La compañía de algún jubilado a quien, asimismo, le gustaría jubilarse de un crónico matrimonio. Un pensionista maduro que, en el acto de amor sacude el cuerpo como un viejo cuaderno que el tiempo dejó sin uso.

Yo descarté las oportunidades de las pasiones clandestinas y atormentadoramente seniles. Yo descarté al jubilado amable que pudiera hacer menos ensordecedora la menopausia –el Sahara de los cincuenta– por esta pasión, casi tranquila, hacia tu fama y tu belleza.

Una mujer divorciada es como un objeto de exposición en El Rastro: siempre está disponible. La visita semanal al quiosco de las revistas me curó del tenis inválido que aqueja a alguna que otra comadre, largamente, divorciada. A veces pierdo la pista y soy como ese señor Spira; sí, ese señor alto, flaco que, desde años, frecuenta el quiosco en lugar del correo. Agricultura de campo de concentración, enemiga de cartas y de carteros, le arrebató los favores epistolares de sus parientes. La compañía de un bastón con empuñadura egipcia no ayuda para que el señor Spira se vea menos flaco y para que haya perdido la pista. Son momentos en que mi nerviosismo, mi angustia, han de ser evidentes.

Hojeo las revistas con disimulo. Se apodera de mí la timidez pudibunda de la Joan Fontaine de *Rebeca*. En el sarcasmo profesional con que me mide el revistero, no veo otra cosa que la malignidad alevosa del ama de llaves de la película, la crueldad demoníaca de la señora Danvers lanzándome por una gran ventana de frío y de muerte.

Si la divertida arquitectura de tus «rizos acaracolados»* no aparece de inmediato ante mi vista, soy como una lugareña desentrenada –extraviada– que, en la arteria conocida de una gran ciudad, no da con las señas que le son necesarias. Una

ciega que busca, en medio de los ajetreos de una muchedumbre, las cuentas de un collar deshilvanado.

De pronto, si dejas de iluminar las barcas movidas por las rotundas anclas del verano y, por meses, ya no figuras en las gloriosas fiestas de beneficencia o no apareces encabezando los créditos en alguna reciente serie de televisión, yo me hundo. Me derrumbo. Caigo desde arriba, desde un alto ventanal, empujada por la severa arpía: no otra que la señora Danvers.

Los hombres que fueron tus maridos son míos. Las orquestas escandalosas de tu fama, la única seguridad en rededor. La belleza esparcida en la botánica lujuriosa de tus bucles, mi necesaria certidumbre. El día que los rombos de seducción, que se acumulan en tus trajes de seda, no vuelvan a reproducirse en las revistas de susurrante chismorreo (¡oh guantes de ante!, ¡oh guantes de antes!), seguramente, será mucho peor que la fecha en que decidí mi separación del ingeniero hidráulico. Comenzará el declive: la helada socarronería de la vejez. Los huesos convertidos en cáscaras de huevos. El cuerpo adentrándose como un buque sin sosiego en las aguas del tiempo. Te soy sincera: ahora lo que me preocupa es que las cremas de belleza sobre mi rostro serán como una nata indigesta.

Pero yo no te abandono. Las rayas del tigre infiel no se asoman a mi horizonte. Cuando lo del matrimonio con el encantador productor judío, durante una temporada algo enfática, me convertí en lectora asidua de *El diario de Ana Frank*. En el momento que ligaste a un cantante de románticas baladas, comencé a abominar de tantas horas inocentes en procura del cielo rígido de las pantallas de cine. Me decidí yo, también, por la música. Tuve la audacia de comprar un aparato de sonido de afónica petulancia y unos cuantos discos. Ni uno con la voz grabada del que fue tu marido. Me pareció que si escogía alguno

de sus álbumes te robaba algo tuyo, una cara pertenencia. Lo admito sin rodeos: quise alguna vez (¡ay, una sola vez!), tener una pizca de superioridad sobre ti. Fue cuando escogí los sellos de éxito de Frank Sinatra: sus interpretaciones han sido de mucho más calidad que las que grabó tu marido cantante.

Todo no terminó en injusta supremacía para mí. En los días en que la pasión te condujo a la religión, en la época en que el abrasador amor hacia un intérprete musical te hizo abrazar la fe de Moisés, no mantuve con el celo acostumbrado las recomendaciones de las Cajas de Ahorro. Fui vencida por la crónica debilidad hacia las excursiones turísticas y, con algo de pasta en mano, no era dificultoso pasar diez días en Israel.

Pero como siempre, como es debido, volviste a triunfar. Antes que el Mediterráneo de aguas pálidas y cansadas, que se atisban desde el puerto de Haifa, prefiero el Mediterráneo, Costa Azul, Niza azul de tus ojos.

Sempiternamente, por ir detrás de ti, he sido como una sombra remota, atraída por las luces del espejo colocado en un recodo próximo a tu habitación. Un espejo, casi de pasillo, casi inadvertido ese altar de los egoísmos por otros que no sea yo, sino fuera por la silla situada frente a la mesita de menjurjes para la belleza. Silla de peluquería endeble a no ser por la alta gracia del respaldo imponente, camino hacia las testas coronadas. Si en la mesita opípara de tarros faciales de marca francesa, alguna caja queda al descubierto, gruesas borlas de polvo escapan por el piso y dejan rastros de un íntimo malestar, a pesar tuyo. Y a pesar del marco ajustado de bombillos chiquitines, candilejas errantes de potente luz rosada que brillan sobre el espejo, en la oscuridad del pasillo, con brillo de vivo carmín sobre la mejilla de una mujer haitiana.

Una sombra de carácter dócil (una mujercita de carácter retraído), que, de antemano, repara en los peligros de ese espejo, aparentemente nimio: el mínimo roce con los extraños convierte sus luces en espadas asesinas. De esa manera no es descabellado que, a veces, piense que he sido yo la que estuvo casada con un otoñal actor británico y en ninguna ocasión con el ingeniero hidráulico. Pero da lo mismo un marido que el otro. Ambos eran igual de aburridos. Bueno, tú tenías un fuerte aliciente: las joyas conyugales que comenzaban a hacer de tus dedos un sólido firmamento estrellado. Mientras que una vagabunda de los quioscos sólo te tuvo a ti: el viejo recorte, tomado de una satinada revista americana, donde apareces captada por el famoso fotógrafo de celebridades, Cecil Beaton. ¿Habrás sido por 1956? Allí unas perlas diminutas como semillas para el comensal –un amontonamiento, que asemejan haber sido incrustadas en el escote del traje gracias al trabajo de un odontólogo ambicioso y sutil–, sostienen férreamente un pecho robusto para que éste, animado por el escote travieso, no se fugue del cuerpo preso por las perlas mandibulares y salte como un animalillo jocosos para unirse a las pícaras algarabías de la vida. ¿Recuerdas aún esa prenda? Por breves segundos: ¿el gesto de tus coqueteos se vio agobiado por la dentistería maravillosa del aderezo? ¿O todo fue sentimiento pasajero como en muchas de tus películas, como en casi todos tus matrimonios?

Por seguirte hasta tuve otra recompensa: la postal, copiada de la pintura que te hiciera la artista Brigitte Szensi. ¿Cuál de tus conyugales hombres era el que, en ese período, tenía derecho a ser agitado por tus gimnasias de esposa seductora? A juzgar por el suntuoso atavío, de subido color bermellón, con apretado bordado en pedrerías que impide cualquier desmayo a tu cintura, por el chal que surge del brazo desnudo como otro brazo (otra nostalgia corporal), las cejas custodiando como alas de pájaros imperiales el delicado tesoro de tu rostro, es fácil de

inferir que el marido –a la hora en que se confeccionaba el retrato– no era otro que el cordial y acaudalado productor prematuramente desaparecido.

Todavía hay muchas mujeres que se dedican a tejer crochet. Pareciera no haber descanso para su manual ejercicio de avispas. Su adiestramiento es presumiblemente hogareño. Pero algún tiempo después quieren cometer un crimen feroz: ahogar a los maridos entre los edredones del lecho compartido. ¿Cabe laguna más fatal? Tú nunca estuviste en la necesidad de maquinar crochets sangrientos. Más que viuda joven, has sido la ciudad poco sedentaria de unos cuantos hombres.

No cundieron en mí los desafinados chillidos de la sorpresa – esa envidia con interjección– la vez que tú y un actor londinense pregonaron su amor. No está dentro de mis hábitos ir con frecuencia al teatro. Le tengo pánico a las acomodadoras con vestimentas de terciopelo azul o negro. Me horrorizan sus linternas marciales, sus facciones manchadas de vicios geriátricos. Tampoco me atreví a colocar una reproducción del Támesis en mi escritorio de bibliotecaria médica. ¡Y qué imprudencia sin perdón decorar la oficina con una foto del actor! Demasiada osadía en la vida de una mujer que sólo se ha divorciado una vez.

De ti siempre me encantó que, en todo momento, fuiste cuidadosa de las formas. Lo tuyo fue el matrimonio como el proyecto de una plaza de irreprochable cálculo. Pero espacio, posteriormente, sujeto al cambiante desvarío de nuevos trazos, reformas o demoliciones. Y es que te casaste por muchas que no lo hicieron ni una sola vez. Lo tuyo ha sido una interminable caravana de rubias carrozas tiradas por hermosos caballos oscuros, negros, cuya íntima sangre era azotada por una colección de velos de novia, endurecidos por el tiempo. Velos

de mármol, convenientemente ordenados en tu guardarropa de mujer enamorada.

Mientras duró el matrimonio con el actor de teatro llegué a acariciar, por vez primera, las burbujas peligrosas de un vaso de whisky, el dorado lamé destrozado por cubitos de hielo. Cuando te convertiste en la respetable esposa de un senador, anduve bastante inquieta. Invariablemente, he estado apartada de esos tumultos, de la astucia de tales mundos. Pero, claro, no iba a desertar de ti a última hora. Podría llegar (¡para ambas!) la senectud, las frustraciones sin fasto de la vagina.

Traté de concentrarme en la lectura de los periódicos, en reportajes que reseñaban largas y tediosas campañas electorales. Hice un esfuerzo para echarles un vistazo a los cables internacionales. Me interesé –un tanto– por las vicisitudes de las Naciones Unidas. Lo acepto: volví a respirar aires de suaves campiñas, cuando decidiste desprenderte del honorable congresista.

No era vida para los dos. Para los tres: porque el quiosquero estaba en perpetuo estado de alarma. Desde las solapas del impermeable que me cubría, las palomas acatarradas de mis bostezos llegaban a posarse sobre la nítida portada de las *¡Hola!* en venta. A Dios gracias, fue una corta temporada. Puede decirse que sólo un fin de semana algo hinchado.

Después de la separación triunfal, tus ojos siguieron siendo las más perversas y bellas lentejuelas de las noches alegres, de las más codiciadas fiestas. Yo, feliz, dejé a un lado las tan poco apasionantes polémicas de la política. Regresé a lo mío: a ser la forofa sin fatiga de las revistas del corazón. Pero yo no sólo te agradezco que te distanciaras del senador. Estoy en deuda con tus separaciones anteriores. Todas, en conjunto, animaron en mí una visita semanal al estanco de la esquina. Además, en mi

imaginación nada sumisa de lectora de páginas sentimentales, era yo la que se divorciaba una y otra vez, millares de veces: la que se libraba de presas hidráulicas molestas. La que se arrojaba al agua incógnita del universo.

El último verano apareciste intempestivamente bella –sin adiposidades enemigas– en los agasajos que el rico propietario de un yate anclado en Puerto Banús ofrecía en un club exclusivo de Marbella. Luego, para mis horarios descorazonados como bibliotecaria médica, no suena tan insensato que yo fabrique alguna recepción en buques hace años dormidos, manadas de osos cuya pelambre encanece en la peletería desdeñosa de los naufragios. Iluminan la fiesta ¡mi fiesta!, los brillos de un satélite malva y locuaz, enganchado como un loro en el hombro del rico propietario o del capitán. Hombres de mar, distraídos por el caprichoso movimiento de la órbita –a veces, poca sosegada– del satélite, ofrecen sus puntos de vista a algún astrólogo que surge, imprevistamente, de su camarote con el recuerdo de un vecino planeta en las manos temblorosas de mal de Parkinson. Quizá, son los mismos deportivos caballeros que han disfrutado contigo algunas horas en la cubierta del barco en Puerto Banús...

Me he enterado de todos los detalles de la juerga de Marbella, gracias a la revista del corazón que, a tiempo, reservó el quiosquero para mí. Un hombre adusto, cuyos ademanes han desaparecido bajo taciturnas paletadas de cal. Pero al que, a partir de semejante deferencia, puedo considerar como un amigo. «¡Qué gozada!», me he dicho a mí misma, agarrando la publicación contra el pecho con energías de bibliotecaria médica en ejercicio. ¡Oh alivio! Aún entras –con insolente altivez– en contiendas que dejan el sexo perfectamente humedecido, como si las lágrimas de los hombres que te desearon hubieran buscado refugio en esa gruta milagrosa y saludable de tu cuerpo.

En la instantánea que incluía el reportaje –con fotografías de las revistas de corazón, de tamaño desmesurado como las montañas de América del Sur, como los cocodrilos que amueblan las aguas de caudalosos ríos– lucías como nunca: con el cabello flotando, al igual que una pequeña historia (a medias tierna, a medias borrascosa), sobre la perla exacta de la frente. Encima de un rostro, a punto de ser higienizado por jabones oceánicos.

Es posible que en algunas mujeres (aliviadas por las glorias amenas del reportaje), en las casas deshabitadas de los orificios que, en época juvenil, el matrimonio o el amor colmaron con un vaivén encarnado o casi amarillo de turgentes globos en fiesta, en forma inesperada, se haya deslizado un último desatino de la vida. Una líquida dulzura, roja y tibia, las fragancias y rumores de un jarabe voluptuoso, apetecido por esos hombres ávidos que en Madrid –a las siete de la tarde, desde los bares de Callao– ambicionan errancias pormenorizadas sobre el cuerpo de las señoritas que salen de las oficinas.

La errancia de los hambrientos hombres de los bares de Callao, al final, se cumple, muchas veces, afincada en la axila apagada de una bocacalle de la Gran Vía, entre tiendas de vieja perfumería franquista con profusión de zarzueleros mantones de Manila en el ojo cansado de las vidrieras. Perfumería Álvarez Gómez, donde un día de agosto solitario, un día en que la ciudad y yo estábamos sin compañía, cometí, ¡oh!, la extravagancia de comprar un bolso, bordado todo él con sedas de juiciosa pasamanería azul petunia, que uso para ir a comer, siempre, solita.

Solita de aquí a la eternidad. Saliéndome de mi presupuesto (de mis magras costumbres), apenas me entero de que estás por casarte de nuevo, elijo un plato combinado en una cafetería de

Alcalá, atendida por una antipática camarera polaca que pretende burlarse de todos nosotros, el poco danzante ir y venir de parroquianos, dejando caer, con risita displicente, que nació en Segovia. De ti, no cesan de cundir noticias que te relacionan con futuras bodas.

La próxima vez que ello ocurra, con mi bonito bolso de seda azul petunia me encaminaré hacia el Nebraska de la calle Goya, donde no hay descaradas camareras polacas con la cabeza teñida, apresuradamente, en una peluquería clandestina como las clínicas abortistas.

El varón que te acompañó a la fiesta marbellí era un actorcillo bastante insignificante. Eso sí, algo más joven que tú, pero no mucho: no mucho. Un galán segundón, de ojos azules, cínicos y desvergonzados, que han servido de espejo adulante para un largo desfile de mujeres que, de ninguna manera, pueden compararse contigo. A decir verdad, de tus romances de la última época (nunca se llega a vislumbrar en ése u otros aspectos cuál es tu última época), simpatice más con el otro novio: el abogado de uno de los tales países endeudados de América Latina.

Pero ¡qué de sorpresas ofrece un huracanado corazón! Tus naipes biográficos vuelan de las mesas y derriban manteles y apostadores. En sus mudanzas peregrinas son como noctámbulos cuchillos. De haberte casado con el abogado latinoamericano que con tan amorosa y extrema insistencia estuvo cortejándote, a lo mejor la inmensa deuda aminora un poco. ¡La de fiestas que se te hubieran ocurrido para paliar el tremendo déficit! Toda la comparsa de Hollywood corriendo detrás de tus pasos, en persecución de la nobilísima cruzada. Pero, Dios no lo quiso. O el amante latinoamericano fue torpe. Vaya usted a saber. Porque ¿quién se atreve a oponerse a tus designios? La más virtuosa jardinería del planeta, los más

exitosos cultivadores de orquídeas, están bajo las órdenes del impío invernadero que tu rostro custodia en su mirada.

En el pretendiente de ahora, la nupcial petulancia de sus pantalones blancos de verano no puede ocultar las alimañas que se agitan en el estanque aciago de su alma. En el estanque de tu alma hay aguas grises de tormenta, donde combaten las cabezas de maridos muertos y vivos. Pero, también, espumas suaves, blanquísimas, donde las más lindas reinas lavan sus coronas: quedan lustrosas como las vajillas que reciben la lluvia benevolente de familiares fregaderos.

¿Te dejas acompañar por un tipo de ojos azules y oportunistas, porque temes que comienzan a languidecer tus fructíferos huecos de esposa? Pero, bueno, querida, la menopausia es para todas. Y algo empieza a tocarte de esa ruina –de esa rutina– de los años. Con el paso del tiempo, la pura y dura geometría de algunos de tus divorcios, se abulta en cicatrices de viudeces no tan remotas. Todavía luces escotes audaces, desnudeces provocativas para probar a tus admiradores que no eres como ciertas damas en duelo cuyo pecho se esponja. Territorio gelatinoso y protuberante, al que un municipio de buena intendencia debería prestar la atención que merece. Las tetas enlutadas no son otra cosa que un busto de yeso del finado marido.

Nunca fuiste como las señoras que entraron en el complot de los crochets sangrientos, envalentonadas por las tartas de fresa que, día a día, devoran con fanatismo de mujeres gordas. Pero en las ocasiones en que el oficio conyugal se convirtió en días de profundo fastidio, le jugaste una partida terrible a algunos de tus maridos. Sin esperar que las arrugas mayores anuncien su guerra belicosa y que tu rostro se encuentre perdido, como un astro que gime solo en lo rotundo del espacio. Incluso antes que la maleza de las arrugas intermedias invada la segura

belleza de tus facciones, por afán de coquetería desmesurada, por mal agradecido desprecio ante los milagros de rejuvenecimiento que ofrecen las más caras cremas del mundo, un zodiaco antiviril (a ti, cuyas viudeces no te han pertenecido del todo) te transformó en viuda de excelente urbanidad. No te viste precisada a usar recetas asesinas. Tú –bebedora experta– no te has distraído en la trama de cócteles de preparación brumosa. Te bastó con ser esposa, zurcidora del tejido de la muerte.

El quiosquero me miró largamente a los ojos: mejor dicho, a las afiladas tortuguitas de mis gafas de bibliotecaria médica. Ese veterano de las calles de Madrid, un combatiente desde las frágiles trincheras de las revistas del corazón, al parecer conoce, está familiarizado con los nerviosismos de mis últimos días. En cuanto me vio, le fue posible darse cuenta de las inquietudes que me abarcan a partir del momento en que el hombrecito de los ojos azules se ha colado, tramposamente, en tu vida. Lo presiento: sus pupilas son un par de navajas que los piratas ingleses dejaron tiradas en el Mar Caribe. El actorzuelo –siglos después– robó para sí esa basura arcaica en uno de sus urdidos cruceros de seductor, por las aguas manchadas de tinta azul del trópico.

Mi amigo del estanco me ofrece un saludo calmo. ¿Quién le habrá soplado al oído que estoy a punto de jubilarme de mi trabajo de bibliotecaria médica? Los seres a los que se nos concede la pensión de retiro somos igual que convalecientes. El quiosquero (un mago huraño y distante, abomina de la profesionalidad de los sombreros de copa, pero por años me ha ofrecido el sueño esperanzador de sus revistas), inclina la cabeza con dosificada y cordial ironía. Son las saluciones a una convaleciente.

Para celebrar el amor, el sexo –como todas las mujeres de tu generación– tuviste que correr a ampararte en el matrimonio, cual si se tratara de un refugio antinuclear. Has cumplido al pie de la letra con los dogmas de tu época. Tu cuerpo –no en vano– fue sometido al manirrotismo de siete maridos legales. Los ruidos del sexo, los murmullos, los alaridos, las caricias, los abrazos, las hambres y las nostalgias tuyas y de los hombres, sólo podían resonar en el tambor nupcial. Un tambor de ecos hipócritas, cuyos roces todos disimulan no escuchar. Es más: la confección de los colchones de tus recámaras conyugales era encargada a artesanos tartamudos.

Cuando fue preciso –en cada caso– llevaste a cabo las disciplinas del casorio que te eran encomendadas. Pero, de noche, la pequeña fogata de los diversos espermas maritales transformó las sábanas de tu cama en un gigantesco plato de leche, donde los asombrados esposos descubrían un entre amante y rabioso maullido. Los gestos insobornables de una gata.

En ti no pesó demasiado el cansancio ocasionado por la rutina intercontinental de plurales administraciones conyugales. La ruta intempestiva del rostro, el tembloroso incendio mediterráneo de los ojos, la corona principesca del pecho, la avidez glotona de los divorcios fueron un desafío, una llamada a la libertad.

Hoy tienes derecho a errar un tanto: a unirte a las ligerezas perdonables de verano, a que las heridas y agresiones de las bodas anteriores desaparezcan de tu piel. ¿Por eso te dejas acompañar por el actor de los taimados ojos azules y te has puesto a inventar una esencia escandalosa, un clamoroso perfume que –gota a gota– pase por tu cuerpo una olorosa esponja de olvido? Ese líquido de nupcial amnesia –en los departamentos de perfumería de la tiendas elegantes, causa

indiscutible furor– no está al alcance del bolsillo de una bibliotecaria médica. Pero no lo necesito: en mi cuerpo, los varones no han dejado tantos vestigios.

Estrella: de todos modos, gracias te doy. Para perseverar en los ímpetus que brindabas desde las pantallas de cine y carátulas de revistas, una dama desdeñosa de las pasiones ocultas se vio casi obligada a sobrellevar una suerte de doble vida. A la par que bibliotecaria médica, he sido como una poco agraciada espía inglesa de usos frugales.

Una mujer pacífica, insignificante, que espiaba por amor, por agradecimiento. Una mujercita, cuyos rasgos eran una borrosa copia secretarial, facsimilar, gustosa hubiera donado la única obstinación de su cara –la nariz de pico montañés– al primer cirujano plástico que estuvo consultando algún libraco en la biblioteca médica. Pero, naturalmente, no me atreví: suficiente obsequio a la vida fue ofrecer la inédita vagina de una señorita a los acatamientos conyugales. Cuentas con mi gratitud eterna, reina de las ilusiones. Sin tu inspiración modélica, es posible que yo, ahora, estuviese ahogada –Ofelia hidráulica– entre los charcos pantanosos de mi matrimonio con el ingeniero.

El futuro de jubilada solitaria no me parece aterrador. Me siguen esperando sorpresas, maravillas camino de los bosques rápidos de los quioscos, donde la desobediencia de tus gestos domina: ilumina.

Madrid, 1987-Caracas, 1994.

* Expresión leída en una revista del corazón.

ÍNDICE

- 7 Prólogo de Eugenio Montejo
- 15** Las amigas de papá
- 29** Con viola al fondo del ojo
- 51** Homenaje a la estrella

Elisa Lerner

Valencia, Venezuela, 1932

Narradora, dramaturga y cronista venezolana de origen judío rumano. Ejerció la carrera diplomática durante 20 años. En 1999 fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura en Venezuela. Destacan entre sus obras las piezas de teatro *En el vasto silencio de Manhattan* (publicada en 1961 y merecedora del Premio «Anna Julia Rojas» del Ateneo de Caracas, en 1964); *Vida con mamá* (1975) y varias piezas breves como *La bella de inteligencia* y *La mujer del periódico de la tarde*. En el año 2003, la editorial Angria publicó el tomo *Teatro de Elisa Lerner*. En ensayo, ha publicado *Una sonrisa detrás de la metáfora* (1969) y *Yo amo a Columbo* (1979). En el género de la crónica, el más explorado por la autora, destacan *Carriel número cinco* (1983), *Crónicas ginecológicas* (1984), *Carriel para la fiesta* (1997) y *En el entretanto* (2000), reunidas bajo el título de *Así que pasen cien años* (2016). En ficción ha publicado el libro de relatos *Homenaje a la estrella* (2002) y dos novelas: *De muerte lenta* (2006) y *La señorita que amaba por teléfono* (2016).

La escritura de Elisa Lerner parece estar guiada por un ojo que, sin distraerse propiamente de ver, se muestra destinado sobre todo a oír. Tal vez sea por esto que las palabras, además de sus significados, transmiten la impresión de haber sido elegidas por su misterio acústico, por la forma como mejor se adaptan al *tempo* que gobierna cada párrafo. De los reconocidos dones de su escritura, por cierto una de las más personalizadas y singulares con que cuentan nuestras letras, el distinguido que más a menudo sobresale es el de su habilidad para armonizar las frases, el modo de afortunado acompasamiento mediante el cual se van nombrando las cosas.

EUGENIO MONTEJO

COLECCIÓN *Comarca Mínima*